



LOGRARLO IMPOSIBLE

LO QUE HACE DIOS
LO QUE PODEMOS HACER

RUSSELL M. NELSON

LOGRANDO LO IMPOSIBLE

LO QUE HACE DIOS

LO QUE PODEMOS HACER

Russell M. Nelson

2015

El libro *Accomplishing the Impossible* es una invitación a ver nuestra vida cotidiana con ojos de fe. Russell M. Nelson, antes de ser presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, nos guía con un estilo cercano, sencillo y profundamente inspirador, para enseñarnos que lo que a primera vista parece inalcanzable, con la ayuda del Señor, se vuelve posible.

Nelson combina su experiencia como cirujano cardíaco —una profesión en la que constantemente debía enfrentar desafíos humanos y tecnológicos aparentemente imposibles— con su testimonio del poder de Dios. El corazón del mensaje es que, aunque nuestras propias fuerzas sean limitadas, el Señor multiplica nuestros esfuerzos y nos ayuda a lograr más de lo que jamás podríamos imaginar.

Cada capítulo ofrece historias reales, ejemplos bíblicos y enseñanzas de las Escrituras modernas que muestran cómo las personas

comunes pueden superar pruebas extraordinarias. El autor no se centra únicamente en grandes milagros visibles, sino también en los pequeños actos de fe, obediencia y perseverancia que producen cambios profundos y duraderos.

A lo largo del libro, Nelson invita al lector a confiar en la guía del Espíritu Santo, a actuar con valor frente a las dificultades y a entender que las imposibilidades de la vida son oportunidades disfrazadas: ocasiones en las que Dios nos enseña a depender más de Él. El tono es cálido y lleno de esperanza; no es un tratado teórico, sino una conversación de un mentor espiritual que quiere que cada persona descubra su propio potencial eterno.

En definitiva, *Accomplishing the Impossible* es un recordatorio poderoso de que la fe en Jesucristo nos capacita para vencer limitaciones personales, transformar debilidades en fortalezas y alcanzar metas que parecían fuera de nuestro alcance. Es un libro que inspira a mirar hacia adelante con confianza, sabiendo que con Dios, lo imposible se vuelve posible.

*El Señor tiene más en mente para ti
de lo que tú tienes en mente para ti mismo.*

*Al amarle y guardar Sus mandamientos,
grandes recompensas —
incluso logros inimaginables—
pueden ser tuyos.*

Tabla de Contenido

Introducción5

Capítulo 1 **Él envía ángeles..... 15**

Capítulo 2 **Él nos bendice con paz y amor 24**

Capítulo 3 **Él nos da dones físicos y espirituales. 33**

Capítulo 4 **Él nos enseña a orar..... 40**

Capítulo 5 **Él nos ofrece convenios para fortalecernos..... 48**

Capítulo 6 **Podemos recibir revelación..... 58**

Capítulo 7 **Podemos vencer la tentación 65**

Capítulo 8 **Podemos actuar con fe 71**

Capítulo 9 **Podemos compartir el Evangelio..... 77**

Capítulo 10 **Podemos fortalecer a nuestras familias 86**

Capítulo 11 **Podemos tomar decisiones rectas 95**

Capítulo 12 **Podemos hacer del día de reposo un deleite 106**

Conclusión **El mundo necesita nuestra contribución 111**

Introducción

Logrando lo imposible. Hace muchos años, yo estaba enseñando una charla misional a una mujer de Gran Bretaña. Estaba enseñándole acerca del Señor Jesucristo y de cómo Él había restaurado Su evangelio por medio del profeta José Smith. A ella realmente le gustaban las enseñanzas del evangelio, pero le resultaba difícil aceptar la Primera Visión del Profeta. Ella dijo que podría creer en la Restauración con más sinceridad si Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo se hubieran aparecido al arzobispo de Canterbury.

En realidad, el hecho de que el Padre y el Hijo se aparecieran a un joven sin título es uno de los aspectos más notables de la Restauración. José Smith no tuvo que “desaprender” nada. Fue instruido personalmente por Ellos. José también fue instruido por otros mensajeros celestiales, incluidos Moroni, Juan el Bautista, Pedro, Santiago, Juan, Moisés, Elías y Elías el Profeta. La misión de José en la mortalidad fue preordenada. Su mente receptiva y pura estaba abierta a la instrucción del Señor. Pero, por los estándares del mundo, José era lo más improbable. Y su tarea de ser el Profeta de esta última dispensación parecía totalmente imposible. Este ejemplo demuestra un principio que a menudo es cierto en la manera en que el Señor obra: ¡Él usa a lo improbable para lograr lo imposible!

Este patrón es uno que el Señor ha usado repetidamente a lo largo de la historia. Por ejemplo, ustedes conocen la historia de David, quien derribó a Goliat con una piedra y una honda. Ese fue otro ejemplo de cómo el Señor usa a lo improbable para lograr lo imposible.

Recordarán también el relato de Gedeón, tal como se registra en el libro de Jueces. En su capacidad de siervo del Señor, Gedeón se

estaba preparando para guiar a sus fuerzas contra los enemigos madianitas cuando “Jehová dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es demasiado numeroso... no sea que Israel se gloríe... diciendo: Mi mano me ha salvado”.

Entonces el Señor le dijo a Gedeón que dejara ir a todos los que tuvieran miedo. Eso redujo el número de 22,000 a 10,000. Luego el Señor dijo a Gedeón: “Aún es mucho el pueblo”. Así que ordenó una prueba de bebida. Ellos bajaron al agua. Algunos se arrodillaron para beber. Otros llevaron el agua a su boca con las manos.

El Señor le dijo a Gedeón: “Con los trescientos hombres que lamieron el agua os salvaré, y entregaré a los madianitas en tu mano”.

El Señor dio la victoria a Gedeón y a sus hombres. Estaban superados en número aproximadamente 500 a 1. Aquí nuevamente vemos el patrón: el Señor usa a lo improbable para lograr lo imposible.

Piensen en Moisés. Ya en su vejez, fue llamado para guiar a los hijos de Israel fuera de la esclavitud en Egipto. Ustedes saben lo que sucedió. Moisés extendió su mano sobre el Mar Rojo, y el Señor hizo que el mar se dividiera. Y los hijos de Israel cruzaron por tierra seca.

Piensen en Josué. Él guió a los hijos de Israel a través del río Jordán en tiempo de inundación. Con fe, caminaron hacia ese río crecido, con sacerdotes al frente que llevaban el arca del convenio, y cuando las plantas de los pies de aquellos sacerdotes se mojaron, las aguas del Jordán se amontonaron, permitiendo que los fieles pasaran a la tierra prometida. Para aquellos israelitas que siguieron a Moisés y a Josué, las aguas profundas fueron divinamente divididas para que los fieles pudieran alcanzar su destino señalado. Una vez más vemos el patrón: el Señor usa a lo improbable para lograr lo imposible.

Avanzando al siglo XIX, vemos que el patrón surge una vez más. ¿Se han preguntado alguna vez por qué el Maestro esperó tanto para inaugurar la prometida “restauración de todas las cosas”? Cualquiera

competidor sabe la desventaja de permitir que un oponente se adelante demasiado. Supongamos por un momento que ustedes forman parte de un equipo. El entrenador los llama por su nombre y les dice: “Es hora de que entres al juego. Pero la situación será muy difícil. La puntuación en este momento es de mil ciento cuarenta y tres millones contra seis, ¡y tu equipo es el de los seis puntos!”.

Aquel gran número, 1,143,000,000, era la población aproximada de la tierra en el año 1830, cuando la Iglesia restaurada de Jesucristo fue organizada oficialmente con seis miembros. El lugar era una zona rural del estado de Nueva York. Con ese pequeño puñado de personas, la obra del Señor comenzó. ¡Piensen en la enormidad de su asignación! Incluía lo siguiente:

- El evangelio debía ser predicado a toda tribu, nación, lengua y pueblo.
- Seres humanos comunes debían llegar a ser santos.
- La obra redentora del templo debía realizarse por todos los que hubieran vivido alguna vez.

Sí, con esa asignación había comenzado la dispensación prometida de los últimos días, ¡y ellos eran los encargados de darla a conocer!

Si alguna tarea merecía el calificativo de “imposible”, todas esas enormes asignaciones cumplían con ese criterio. Pero los primeros santos conocían esta verdad bíblica: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible”.

Dejemos la historia. Ahora vivimos en el siglo veintiuno. ¿Se aplican estos patrones también a nosotros? Las Escrituras nos describen y señalan lo que podemos experimentar como Santos de los Últimos Días: “Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte”.

Esos “débiles” incluso nos incluyen a nosotros, los hermanos. Por ejemplo, en 1984, de una manera del todo inesperada, el élder Dallin H. Oaks y yo fuimos apartados de nuestras profesiones de abogado y médico, respectivamente, para servir como Apóstoles del Señor. Al año siguiente, el presidente Ezra Taft Benson me dio la asignación de supervisar la obra del Señor en Europa y África, con un encargo específico: abrir las naciones de Europa del Este que entonces estaban bajo el yugo del comunismo. (Esa asignación permaneció conmigo hasta 1990, cuando fue traspasada al élder Dallin H. Oaks).

Si alguna vez una tarea me pareció imposible, fue esa. En los años siguientes hice lo mejor que pude. En cada nación atea, yo nunca era deseado ni bienvenido. Sus líderes gubernamentales ni siquiera concedían citas a un hombre que profesaba fe en Dios. De hecho, en ese tiempo, algunos creyentes eran encarcelados o incluso ejecutados.

Esos países llevaban buenos registros de las visitas de extranjeros. Yo figuraba como un cirujano cardíaco estadounidense que, como voluntario, había enseñado anteriormente en algunos de esos países. Junto al élder Hans B. Ringger, de los Setenta, un ingeniero y arquitecto suizo, nuestra asociación resultaba desarmante para ellos. Éramos realmente improbables y distintos de los líderes de otros grupos religiosos.

País por país trabajamos diligentemente en Rusia, Ucrania, Rumanía, Bulgaria, Bielorrusia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Estonia, Polonia, Armenia y la República Democrática Alemana. Cada país nos presentaba diferentes desafíos. Hicimos lo mejor que podíamos y, luego, el Señor suplía la diferencia. Él hizo lo que nosotros no podíamos hacer. A continuación relato solo algunos de los muchos milagros que experimentamos.

Con la autorización de la Primera Presidencia, tuve el privilegio de dedicar la tierra de Hungría para el establecimiento del evangelio el

Domingo de Resurrección, 19 de abril de 1987. Dos días después, el élder Ringger y yo nos reunimos con el presidente del Consejo de Asuntos Religiosos, Imré Miklos. Al principio, nuestra recepción fue algo tensa. Estaba claro que no éramos bienvenidos ni deseados. Las cosas no iban particularmente bien. Pero entonces sentí la impresión de hacerle saber a este líder que dos días antes de esa reunión yo había ofrecido una oración apostólica especial por su país y por su pueblo. Al mencionar esto, su semblante cambió. Ahora sí estaba escuchando. Una reunión planeada para treinta minutos duró una hora y media. Desde ese momento, se convirtió en nuestro amigo y defensor. Se llevaron a cabo varias reuniones posteriores con éxito. Catorce meses después, el 14 de junio de 1988, el élder Ringger y yo regresamos a Budapest para ceremonias formales con el Sr. Miklos que confirmaron el reconocimiento oficial de la Iglesia en Hungría.

Bulgaria fue otro país que nos presentó desafíos particulares. Cuando el élder Ringger y yo llegamos por primera vez a Sofía, Bulgaria, el 30 de octubre de 1988, nos habían hecho creer, a través de un contacto indirecto, que alguien nos recibiría en el aeropuerto y que se habían concertado las citas adecuadas. (Por cierto, en nuestra experiencia, la mayoría de los líderes en estos gobiernos totalitarios no confirmaban ningún acuerdo por escrito). Así que fuimos a Bulgaria con fe. Llegamos tarde en la noche. Nadie estaba allí para recibirnos. Tomamos un taxi, que nos dejó en el hotel equivocado. Al descubrirlo, caminamos con nuestro equipaje en mano, a través de una tormenta de nieve, hasta que finalmente encontramos el alojamiento correcto. Nuestra frustración continuó al día siguiente, pues los operadores telefónicos bilingües del hotel no pudieron ayudarnos a identificar ni la oficina ni a los líderes con los que necesitábamos reunirnos. Estábamos en un callejón sin salida. Todo lo que podíamos hacer era orar pidiendo ayuda.

Nuestras oraciones fueron contestadas. De una manera maravillosa, un día después, a las 10:00 a. m., nos reunimos con el Sr. Tsviatko

Tsvetkov, jefe del departamento de asuntos religiosos del país. Él acababa de regresar a la ciudad y su intérprete también estaba disponible. ¡Increíble!

Al principio, el ambiente era bastante frío. No sabía que íbamos a llegar. Por medio de su intérprete nos reprendió: “¿Nelson? ¿Ringger? ¿Mormones? Nunca he oído hablar de ustedes”.

Le respondí: “Eso nos pone a mano. Nosotros tampoco hemos oído hablar de usted. Es hora de que nos conozcamos”. Todos rieron, y luego tuvimos una excelente reunión.

El élder Ringger y yo regresamos a Sofía en febrero de 1990, ocasión en la que, con la autorización de la Primera Presidencia, se ofreció una oración apostólica de dedicación el 13 de febrero en el Park Na Svobodata, que significa “Parque de la Libertad”. El 1 de julio de 1991 se creó una nueva misión. El reconocimiento oficial de la Iglesia fue otorgado por el gobierno búlgaro el 10 de julio de 1991.

La conversión de los pioneros de la Iglesia en Rusia es otra historia de milagros. En ese tiempo, el reconocimiento de una iglesia en la U.R.S.S. no se concedía a nivel federal, sino localmente. Se requería una petición de un mínimo de veinte miembros adultos de la Iglesia, todos ciudadanos soviéticos residentes en un distrito político determinado. La predicación abierta del evangelio no estaba permitida porque se consideraba una infracción de los derechos de otros que optaban por no creer en ninguna religión. Así que nos enfrentábamos a un verdadero dilema. Sin misioneros, ¿cómo podíamos reunir una congregación de veinte miembros en algún distrito? ¿Y cómo podíamos enseñar el evangelio sin tener primero esos veinte miembros para poder obtener reconocimiento legal?

Pero el Señor obra de maneras maravillosas. Nuestro presidente de rama y su esposa hallaron la Iglesia y fueron bautizados el 1 de julio de 1989, mientras estaban en Budapest, Hungría. Se asignó a

maestros orientadores de habla rusa desde Helsinki, Finlandia, para visitar a estos nuevos conversos cuando regresaran a Leningrado.

Otra mujer que había salido temporalmente de Leningrado encontró la Iglesia de manera milagrosa. Esta joven y hermosa madre, Svetlana, había suplicado al Señor en oración que le permitiera obtener una Biblia escrita en ruso. Tal Biblia era rara, valiosa y muy cara. En el otoño de 1989, con el apoyo de su esposo, viajó a Helsinki con su pequeño hijo en busca de una Biblia. Mientras caminaba por un parque en Helsinki, pisó un objeto oculto bajo la hojarasca del otoño. Lo recogió y descubrió que era la respuesta a sus oraciones: una Biblia escrita en ruso. Estaba tan emocionada que relató gozosa la historia de ese gran hallazgo a otra madre que también estaba en el parque con su niño. La segunda madre entonces respondió a Svetlana: “¿Le gustaría tener otro libro acerca de Jesucristo, también escrito en ruso?”. Svetlana, por supuesto, respondió afirmativamente. Aquella madre le entregó a Svetlana un ejemplar en ruso del Libro de Mormón y la invitó a la Iglesia. Esa madre era Raija Kemppainen, esposa de Jussi Kemppainen, entonces presidente del Distrito Báltico de la Misión Helsinki Finlandia. Poco después, Svetlana se unió a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, habiendo regresado con su hijo a Leningrado.

Estos primeros conversos invitaron a escogidos amigos a sus hogares para escuchar las nuevas del evangelio restaurado de Jesucristo, y muchos de ellos respondieron con gratitud al mensaje del evangelio y fueron bautizados.

El 26 de abril de 1990 nos reunimos con funcionarios del gobierno y posteriormente presentamos la solicitud de reconocimiento de la Rama de Leningrado. Ese mismo día ofrecí una oración de gratitud y rededicación en los Jardines de Verano, junto al río Neva, justo más allá del Campo de Marte, donde el élder Francis M. Lyman, del

Cuórum de los Doce, había dedicado Rusia para la predicación del evangelio el 6 de agosto de 1903.

Nuestra solicitud de reconocimiento formal de la rama en Leningrado fue concedida el 13 de septiembre de 1990. Así se estableció un importante precedente que seguirían las congregaciones en otras ciudades. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días recibió reconocimiento oficial de la República de Rusia el 28 de mayo de 1991. Esta decisión histórica fue anunciada en Moscú un mes más tarde por el vicepresidente de la república, Alexander Rutskoi.

Con gratitud, antes de que el presidente Ezra Taft Benson falleciera, el élder Oaks y yo pudimos informarle que la Iglesia ya estaba establecida en todos los países de Europa del Este.

Doy testimonio de que el Señor quiso decir lo que declaró: “Haré saber a los hijos de los hombres que soy capaz de llevar a cabo mi propia obra”. Sí, soy testigo ocular. Formo parte de ese patrón: el Señor utilizó a lo improbable para lograr lo imposible.

Ahora, apliquemos este patrón a ti. Tendrás momentos de desaliento. Pero debes recordar que eres literal y verdaderamente un hijo o hija del Dios Todopoderoso. Has sido creado a Su propia imagen.

En lo físico, Él quiere que honres el cuerpo que te ha dado. Quiere que atesores y cuides tu cuerpo como tu propio templo personal.

En lo espiritual, Él te ha enviado aquí para que tengas éxito y gozo en tu travesía por la mortalidad. Quiere que sepas que “para Dios nada será imposible”. Estás facultado, mediante tu dignidad, para recibir revelación que te ayude en tus justos esfuerzos. Puedes tomar sobre ti el nombre del Señor. Puedes orar en Su santo nombre. Puedes calificar para hablar en el sagrado nombre de Dios. No importa que vengan tiempos de tribulación. Tu acceso a la ayuda mediante la oración es tan real como lo fue cuando David luchó contra su Goliat.

Como Santo de los Últimos Días, tú también puedes lograr lo imposible. Puedes ayudar a dar forma al destino de toda la familia humana. Tú y tus compañeros Santos serán esparcidos como semillas al viento para edificar la Iglesia en todas las partes del mundo. Al conocer y aplicar las enseñanzas del Señor en tu vida y en tu obra, puedes cambiar el mundo. Te convertirás en una parte preciosa de Su patrón perpetuo: el Señor usa a lo improbable para lograr lo imposible.

LO QUE DIOS HACE

¿Creemos en ángeles?

¡Sí!

Creemos en ángeles—
mensajeros celestiales—vistos e
invisibles;
y en ángeles terrenales
que saben a quién ayudar y cómo
ayudar.

Capítulo 1

Él envía ángeles.

En preparación para la rededicación del recién remodelado Templo de Ogden, mi familia y yo asistimos a una visita guiada de puertas abiertas de ese hermoso edificio. Entre las muchas pinturas y murales en el Templo de Ogden, uno especialmente llamó mi atención. Está lleno de doctrina. Pintado por Robert Shepherd, es un gran mural ubicado en el piso principal, en el centro del templo. Es una representación artística del Señor Jesucristo, con Moisés y Elías a cada lado del Salvador, de pie sobre el Monte de la Transfiguración. Allí conferían llaves del sacerdocio a Pedro, Santiago y Juan.

Mientras admiraba esa obra de arte tan elegante, le expliqué a mi familia que fueron esos mismos Pedro, Santiago y Juan, quienes al recibir esas llaves del sacerdocio, aparecieron al Profeta José Smith y a Oliver Cowdery en 1829, para restaurar el Sacerdocio de Melquisedec en esta dispensación. Antes de eso, el 15 de mayo de 1829, bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, Juan el Bautista había conferido el Sacerdocio Aarónico a José Smith y Oliver Cowdery.

Al final de nuestra visita al Templo de Ogden, nuestra familia disfrutó de la vista al salir. Les pregunté a los niños: ¿Qué es esa figura dorada que está de pie en lo alto de la aguja del templo? ¿A quién representa? Casi al unísono respondieron: “¡Al ángel Moroni!”

Me complació. Ellos sabían su nombre. Moroni, el último de una línea de profetas de una antigua civilización americana, poseía llaves del sacerdocio para un registro antiguo y sagrado que ahora conocemos como el Libro de Mormón. Moroni fue preordenado para

esa responsabilidad. Eso fue revelado en el libro bíblico de Apocalipsis. Allí Juan profetizó: “Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo.”

Al recordar al ángel Moroni, podríamos preguntarnos: ¿hay otros ángeles? ¿Realmente creemos en ángeles? Bueno, la respuesta es no y sí. No, no creemos en ángeles como la mayoría de la gente los imagina, con alas colosales y rostros querubines. Pero sí creemos en ángeles que sirven como mensajeros designados desde el cielo.

La palabra **ángel** es muy significativa. Nos llega del griego. La palabra griega **ἄγγελος** significa “mensajero”. Ese mismo sustantivo está en el centro de la palabra griega para **evangelio**, que es **εὐαγγέλιον**. Su significado literal es “buen mensaje” o “buenas nuevas”, con la implicación de un origen celestial o angélico. **Εὐαγγέλιον** es la primera palabra en el Nuevo Testamento griego (“Evangelio según San Mateo”).

En la época de la Navidad hablamos de ángeles cuando recordamos la dulce historia de los pastores que cuidaban sus rebaños de noche: “Y el ángel [del Señor] les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo:

Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.”

Los traductores de la Biblia del Rey Santiago usaron cinco palabras, “os doy nuevas de gran gozo”, para expresar en inglés el significado de una sola palabra en el texto griego. Esa palabra griega es **εὐαγγελίζω**, que literalmente significa “anuncio buenas nuevas”. Esa buena nueva es el evangelio. Esa buena nueva es Jesucristo. ¡Él ha venido al mundo! Noten que en el centro de la palabra **εὐαγγελίζω** está la raíz **ἄγγελ**, de la palabra griega **ἄγγελος**, que significa mensajero celestial, o ángel.

¿Creemos en ángeles —mensajeros celestiales? Absolutamente. Aquellos pastores lo supieron. Los ángeles les brindaron consuelo y seguridad.

Ahora, en estos últimos días, nos regocijamos en la Restauración del evangelio. Muchos mensajeros celestiales, incluidos ángeles, han participado. Han sido una parte clave para llevar a cabo lo que pudo haber parecido imposible a los ojos del mundo.

A la cabeza de esos mensajeros celestiales estuvieron Dios el Padre y Jesucristo, quienes dieron inicio a la obra de la Restauración en el año 1820, cuando Ellos se aparecieron al joven José Smith, de catorce años. Nuestro Padre Celestial inauguró esta dispensación con esta impresionante introducción de siete palabras: *“Este es Mi Hijo Amado. ¡Escúchalo!”*

Esa visitación fue la primera de muchas apariciones de la Deidad al joven profeta. Otras visitas incluyeron una en Hiram, Ohio, el 16 de febrero de 1832. Entonces José Smith y Sidney Rigdon “vieron la gloria del Hijo, a la diestra del Padre”. José registró esta descripción:

“Vimos la gloria del Hijo, a la diestra del Padre, y recibimos de su plenitud;

“Y vimos a los santos ángeles, y a los que están santificados delante de su trono, adorando a Dios y al Cordero, que lo adoran por los siglos de los siglos.

“Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, este es el testimonio, el último de todos, que damos de él: ¡Que él vive!

“Porque lo vimos, aun a la diestra de Dios; y oímos la voz que daba testimonio de que él es el Unigénito del Padre.”

Otra visitación vino al Profeta José Smith en Kirtland, Ohio, el 21 de enero de 1836, cuando vio “el trono resplandeciente de Dios, en el

cual estaban sentados el Padre y el Hijo”. Entonces José aprendió que “el Señor juzgará a todos los hombres según sus obras, [y] según el deseo de sus corazones”. También se le enseñó “que todos los niños que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad son salvos en el reino celestial de los cielos”.

Menos de tres meses después, el 3 de abril de 1836, mensajeros celestiales nuevamente vinieron al Profeta José Smith. Oliver Cowdery fue testigo. Allí el Señor Jehová apareció en gloria y aceptó el recién dedicado Templo de Kirtland como Su casa sagrada. José registró este testimonio ocular:

“Vimos al Señor de pie sobre la baranda del púlpito, frente a nosotros; ...

“Sus ojos eran como una llama de fuego; el cabello de su cabeza era blanco como la nieve pura; su semblante resplandecía más que el brillo del sol; y su voz era como el estruendo de muchas aguas, sí, la voz de Jehová, diciendo:

“Yo soy el primero y el último; yo soy el que vive, yo soy el que fue muerto; yo soy vuestro abogado ante el Padre.”

Entonces, bajo la dirección del Señor, vinieron otros mensajeros celestiales. “Moisés apareció... y entregó... las llaves de la congregación de Israel desde las cuatro partes de la tierra.”

“Después de esto, apareció Elías y confirió la dispensación del evangelio de Abraham, diciendo que en nosotros y en nuestra posteridad serían bendecidas todas las generaciones después de nosotros.” Así fue restaurado un convenio eterno, tal como se dio originalmente a Abraham, a Isaac y a Jacob, hace más de cuatro mil años.

Entonces, “Elías el profeta, que fue llevado al cielo sin gustar la muerte, se puso delante de ellos y dijo:

“He aquí, ha llegado el tiempo plenamente, del cual se habló por boca de Malaquías —testificando que él [Elías] sería enviado, antes de que viniera el día grande y terrible del Señor—

“Para volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, no sea que la tierra entera sea herida con una maldición.”

Esta revelación de Elías cumplió una promesa que había sido plantada en la mente de José trece años antes por el ángel Moroni, el 21 de septiembre de 1823.

Para mí, es interesante notar que en aquella visita instructiva, Moroni se refirió a las enseñanzas del profeta del Antiguo Testamento Malaquías. Moroni citó del libro de Malaquías. En el idioma hebreo del Antiguo Testamento, la palabra malachí significa literalmente “mi mensajero”. (Malak significa “mensajero”, y el sufijo -í indica forma posesiva).

Otros ángeles —mensajeros celestiales— también participaron en la Restauración. Y ahora sabemos más acerca de ellos. Miguel es identificado como el arcángel, o ángel principal. La revelación de los últimos días nos informa que Miguel es Adán, patriarca de la familia humana.

El ángel Gabriel es un mensajero celestial bien conocido por los estudiantes de la Biblia. Dios envió a Gabriel a Daniel, a Zacarías y a María, cada vez con mensajes de suprema importancia. En la revelación de los últimos días, Gabriel ha sido identificado como Noé.

El ángel Gabriel fue el mensajero encargado de traer la noticia a Elisabet y a Zacarías de que serían padres de un bebé, que después sería conocido como Juan el Bautista. Las Escrituras nos dicen que Juan “fue bautizado cuando aún era niño, y fue ordenado por el ángel de Dios... para preparar el camino del Señor”.

La Biblia nos informa que Juan el Bautista fue decapitado. Su responsabilidad en los últimos días de restaurar el Sacerdocio Aarónico es también un testimonio impactante de la gloriosa realidad de la Resurrección.

El Libro de Mormón añade mucho a nuestra comprensión de los ángeles. Un ejemplo instructivo está en el capítulo siete de Tercer Nefi:

“Y aconteció que Nefi —habiendo sido visitado por ángeles y también por la voz del Señor, por lo tanto, habiendo visto ángeles y siendo testigo ocular... para saber acerca del ministerio de Cristo... comenzó a testificar con denuedo el arrepentimiento y la remisión de pecados mediante la fe en el Señor Jesucristo.

“... porque tan grande era su fe en el Señor Jesucristo que los ángeles le ministraban diariamente.”

Mormón anticipó una pregunta de nosotros, como lectores de su antiguo registro. Su pregunta: “¿Han cesado los ángeles de aparecer a los hijos de los hombres?”

Su respuesta: “He aquí, os digo que no; porque es por la fe que se hacen milagros; y es por la fe que los ángeles aparecen y ministran a los hombres.”

Que ángeles específicos participaron en la Restauración es evidente en la sección 128 de Doctrina y Convenios. Allí leemos acerca de “la voz de Dios... y la voz de Miguel, el arcángel; la voz de Gabriel, y de Rafael, y de diversos ángeles, desde Miguel o Adán hasta el tiempo presente.”

Esos diversos ángeles —o mensajeros celestiales— podrían incluir a Juan el Amado, quien no murió, sino que se le permitió permanecer en la tierra como siervo ministrante hasta el tiempo de la Segunda Venida del Señor. Los tres Nefitas también podrían estar en esa

misma categoría. Su deseo de permanecer hasta la Segunda Venida también les fue concedido. “Son como los ángeles de Dios, y... pueden mostrarse a cualquier hombre a quien les parezca bien.”

El Señor hizo una promesa a quienes se dedican fielmente a Su servicio. Él dijo: “Iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestros corazones, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros.”

Mi esposa Wendy y yo somos beneficiarios de esa promesa. En una ocasión, fuimos atacados por hombres armados con malas intenciones. Ellos anunciaron su propósito: secuestrarla a ella y matarme a mí. Después de intentar maliciosamente cumplir esos perversos objetivos, quedaron totalmente frustrados. Un arma apuntada a mi cabeza no disparó. Y mi esposa fue liberada repentinamente de sus horribles manos. Luego desaparecieron tan rápido como habían aparecido. Fuimos misericordiosamente rescatados de un desastre potencial. Sabemos que fuimos protegidos por ángeles alrededor nuestro. Sí, la preciosa promesa del Señor había sido invocada a nuestro favor.

Otros ángeles también están en acción. A menudo, nuestros miembros son “ángeles” para los vecinos necesitados. Los maestros orientadores y las maestras visitantes, como personas comunes, con frecuencia prestan un servicio que parece angélico para quienes lo reciben con gratitud. Los jóvenes que silenciosamente dejan golosinas caseras en la puerta de alguien experimentan el gozo del servicio anónimo a los demás. Y yo estoy entre los muchos que con frecuencia se han referido a los amorosos actos de una “madre ángel” o una “esposa ángel”, o al amor inestimable de “hijos ángeles”.

¿Creemos en ángeles? ¡Sí! Creemos en ángeles —mensajeros celestiales— visibles e invisibles; y en ángeles terrenales que saben a

quién ayudar y cómo ayudar. Los mensajeros del evangelio, o ángeles, pueden incluir a personas comunes como tú y como yo.

Que ángeles, conocidos y desconocidos, te sirvan y te protejan en el peligroso viaje de la vida.

PAZ

puede venir a todos los que eligen
andar en los caminos del Maestro.

Su invitación se expresa en
tres amorosas palabras:

“Ven, sígueme.

Capítulo 2

Él nos bendice con paz y amor

Cuando enfrentamos dificultades en nuestra vida, a veces puede parecer imposible que lleguemos a encontrar paz. Pero la paz es posible gracias a ese don trascendente de nuestro Padre Celestial: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Enfocarnos en el Señor y en la vida eterna puede ayudarnos a atravesar todos los desafíos de la mortalidad. Personas imperfectas comparten el planeta Tierra con otras personas imperfectas. El nuestro es un mundo caído, marcado por deudas excesivas, guerras, desastres naturales, enfermedades y muerte.

También vienen desafíos personales. Un padre puede haber perdido su trabajo. Una joven madre puede haber recibido el diagnóstico de una enfermedad grave. Un hijo o una hija puede haberse descarriado. Sea lo que fuere lo que cause preocupación, cada uno de nosotros anhela encontrar paz interior.

Hay solo una fuente de paz verdadera y duradera: Jesucristo, nuestro Príncipe de Paz. Ese título lo llevó, además de otros para los cuales fue preordenado.

Él fue ungido por Su Padre para ser el Salvador del mundo. Estos dos títulos —el Mesías y el Cristo— designaban Su responsabilidad como el Ungido.

Bajo la dirección de Su Padre, Jesús fue el Creador de este y otros mundos. Jesús es nuestro Abogado ante el Padre. Jesús fue el

prometido Emanuel, el gran Yo Soy y Jehová de los tiempos del Antiguo Testamento.

Fue enviado por Su Padre para llevar a cabo la Expiación, el acto central de toda la historia humana. Gracias a Su Expiación, la inmortalidad se convirtió en una realidad para todos, y la vida eterna en una posibilidad para quienes eligen seguirle. Estos propósitos son la obra y la gloria del Dios Todopoderoso.

Como nuestro gran Ejemplo, Jesús nos enseñó cómo vivir, amar y aprender. Nos enseñó cómo orar, perdonar y perseverar hasta el fin. Nos enseñó a preocuparnos por los demás más de lo que nos preocupamos por nosotros mismos. Nos enseñó acerca de la misericordia y la bondad, a realizar cambios verdaderos en nuestra vida mediante Su poder. Nos enseñó cómo encontrar paz en el corazón y en la mente. Un día, estaremos ante Él como nuestro justo Juez y Maestro misericordioso.

Estas responsabilidades sagradas del Señor nos llevan a adorarlo como nuestro Príncipe de Paz personal y eterno. Lo alabamos por nuestro privilegio de ser padres, abuelos y maestros de niños. Él enseñó: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos.”

Él puede traer paz a quienes han visto sus vidas devastadas por la guerra. Las familias afectadas por el servicio militar conservan recuerdos de la guerra, que en mi propia mente quedaron grabados durante la Guerra de Corea. Las guerras de nuestra era son más sofisticadas, pero siguen siendo igual de desgarradoras para las familias. Quienes sufren así pueden volverse al Señor. Su mensaje consolador es el de paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres.

La paz puede llegar a quienes no se sienten bien. Algunos tienen cuerpos heridos. Otros sufren espiritualmente por la ausencia de

seres queridos u otro trauma emocional. La paz puede llegar a tu alma al edificar fe en el Príncipe de Paz.

“¿Hay alguno entre vosotros que esté enfermo? Traedlo aquí. ¿Hay alguno que sea cojo, o ciego, o manco, o lisiado, ... o que esté afligido de alguna manera? Traedlo aquí y yo lo sanaré.”

“Veo que vuestra fe es suficiente para que yo os sane.”

La paz puede llegar a quien sufre en la tristeza. Ya sea que esa tristeza provenga de errores o de pecados, todo lo que el Señor requiere es un arrepentimiento verdadero. Las Escrituras nos suplican: “Huye también de las pasiones juveniles; ... y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor.” Entonces, Su apaciguador “bálsamo en Galaad” puede sanarnos.

Piensa en el cambio de Juan Newton, nacido en Londres en 1725. Se arrepintió de su vida pecaminosa como comerciante de esclavos para convertirse en clérigo anglicano. Con ese poderoso cambio de corazón, Juan escribió las palabras del himno “Sublime Gracia” (*Amazing Grace*):

¡Sublime gracia del Señor!

Que a un infeliz salvó.

Fui ciego mas hoy miro yo,

Perdido y Él me halló.

“Habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepienta.”

La paz puede llegar a quienes están agobiados por duras labores: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.

“Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”

La paz puede llegar a quienes lloran. El Señor dijo: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.” Cuando afrontamos la partida de un ser querido, podemos llenarnos de la paz del Señor mediante las susurrantes impresiones del Espíritu.

“Los que mueren en mí no gustarán de la muerte, pues les será dulce.”

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.”

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

“Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”**

La paz puede llegar a todos los que buscan con sinceridad al Príncipe de Paz. Ese es el dulce y salvador mensaje que nuestros misioneros llevan por todo el mundo. Ellos predicán el evangelio de Jesucristo, tal como Él lo restauró por medio del Profeta José Smith. Los misioneros enseñan estas palabras transformadoras del Señor: “Si me amáis, guardad mis mandamientos.”

La paz puede venir a todos los que elijan andar en los caminos del Maestro. Su invitación se expresa en tres amorosas palabras: “Ven, sígueme.”

Una manera en que hallamos paz al seguir a Cristo es viviendo los atributos que Él ejemplificó. La mayoría de los cristianos están familiarizados con los atributos de Jesucristo tal como se registran en la Biblia. Se maravillan del amor que demostró por los pobres, los enfermos y los oprimidos. Aquellos que se consideran Sus discípulos también procuran emular Su ejemplo y seguir la exhortación de Su amado apóstol: “Amémonos unos a otros; porque el amor es de

Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios, y conoce a Dios... Porque Dios es amor.”

Este concepto se aclara en el Libro de Mormón. Allí se describe cómo uno nace de Dios y cómo obtiene el poder de amar como Él lo hace. Identifica tres principios fundamentales que traen el poder del amor de Dios a nuestra vida.

Primero, el Libro de Mormón enseña que ejercer fe en Cristo y entrar en un convenio con Él para guardar Sus mandamientos es la clave para nacer espiritualmente de nuevo. A un pueblo del Libro de Mormón que había hecho tal convenio, el rey Benjamín les dijo: “Y ahora, a causa del convenio que habéis hecho, seréis llamados hijos de Cristo, sus hijos e hijas; porque he aquí, este día os ha engendrado espiritualmente; porque decís que vuestros corazones están cambiados por medio de la fe en su nombre; por tanto, habéis nacido de él y habéis llegado a ser sus hijos y sus hijas.”

Segundo, el mismo Salvador enseña que el poder para llegar a ser más como Él viene mediante recibir las ordenanzas del evangelio: “Y ahora bien, este es el mandamiento: Arrepentíos, todos los términos de la tierra, y venid a mí y bautizaos en mi nombre, a fin de que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, para que os presentéis sin mancha ante mí en el postrer día.”

Tercero, Él nos exhorta a seguir Su ejemplo: “¿Qué clase de hombres habéis de ser?” pregunta. Su respuesta: “De cierto os digo, aun como yo soy.” En verdad, Él quiere que lleguemos a ser más como Él.

Algunos de los ejemplos más sublimes de Su amor están registrados en el Libro de Mormón. Estos ejemplos pueden aplicarse en nuestra propia vida al esforzarnos por llegar a ser más semejantes al Señor.

Fue Su amor por Lehi y la familia de Lehi —y el amor de ellos por Él— lo que los trajo a las Américas, su tierra prometida, donde prosperaron.

Fue el amor de Dios por nosotros lo que lo motivó, siglos atrás, a mandar a los profetas nefitas a guardar un registro sagrado de su pueblo. Las lecciones de ese registro se relacionan con nuestra salvación y exaltación. Estas enseñanzas están ahora disponibles en el Libro de Mormón. Este texto sagrado se erige como evidencia tangible del amor de Dios por todos Sus hijos en todo el mundo.

Fue el amor de Cristo por Sus “otras ovejas” lo que lo trajo al Nuevo Mundo. Del Libro de Mormón aprendemos que grandes desastres naturales y tres días de tinieblas ocurrieron en el Nuevo Mundo después de la muerte del Señor en el Viejo Mundo. Entonces el Señor glorificado y resucitado descendió del cielo y ministró entre el pueblo del Nuevo Mundo.

“Yo soy la luz y la vida del mundo,” les dijo, “y he bebido de aquella amarga copa que el Padre me ha dado, y he glorificado al Padre tomando sobre mí los pecados del mundo.”

Entonces Él les concedió una de las experiencias más íntimas que alguien pudiera tener con Él. Los invitó a palpar la herida de Su costado y las marcas de los clavos en Sus manos y pies, para que supieran con certeza que Él era “el Dios de Israel, y el Dios de toda la tierra, y [había] sido muerto por los pecados del mundo.”

Jesús entonces dio a Sus discípulos la autoridad para bautizar, conferir el don del Espíritu Santo y administrar la santa cena. Les dio el poder de establecer Su Iglesia entre ellos, dirigida por doce discípulos.

Les entregó algunas de las enseñanzas fundamentales que había dado a Sus discípulos en el Viejo Mundo. Sanó a sus enfermos. Se arrodilló y oró al Padre con palabras tan poderosas y sagradas que no podían ser registradas. Tan poderosa fue Su oración que quienes lo oyeron fueron sobrecogidos de gozo. Conmovido por Su amor por ellos y por su fe en Él, el mismo Jesús lloró. Profetizó acerca de la

obra de Dios en los siglos previos a la prometida venida de Su Segunda Venida.

Luego les pidió que le llevaran a sus niños:

****“Y tomó a sus niños, uno por uno, y los bendijo, y oró al Padre por ellos.**

“Y cuando hubo hecho esto, lloró otra vez;

“Y habló a la multitud, y les dijo: He aquí a vuestros pequeñitos.

“Y al alzar la vista para contemplarlos, volvieron sus ojos hacia el cielo, y vieron los cielos abiertos, y vieron ángeles que descendían del cielo como en medio de fuego; y descendieron y rodearon a aquellos pequeñitos... y los ángeles les ministraron.”**

Tal es la pureza y el poder del amor de Dios, como se revela en el Libro de Mormón.

En estos últimos días, nosotros, que tenemos el privilegio de poseer el Libro de Mormón, de ser miembros de la Iglesia del Señor, de tener Su evangelio y de guardar Sus mandamientos, sabemos algo del amor infinito de Dios. Sabemos cómo hacer que Su amor sea nuestro. Al convertirnos en Sus verdaderos discípulos, obtenemos el poder de amar como Él ama. Al guardar Sus mandamientos, llegamos a ser más semejantes a Él. Ampliamos nuestro círculo personal de amor al extendernos a personas de toda nación, tribu y lengua.

¡Cantaremos hosanna al Príncipe de Paz y de Amor! Porque Él vendrá otra vez. Entonces *“se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá.”* Como el Mesías Milenario, reinará como Rey de reyes y Señor de señores.

Al seguir a Jesucristo, Él nos conducirá a vivir con Él y con nuestro Padre Celestial, junto con nuestras familias. A través de nuestros muchos desafíos en la mortalidad, si permanecemos fieles a los

convenios hechos, si perseveramos hasta el fin, seremos dignos de recibir el más grande de todos los dones de Dios: *la vida eterna*.

En esta vida y en la venidera,
ESPÍRITU Y CUERPO,
cuando se unen,
llegan a ser un alma viviente de valor
supremo.

Capítulo 3

Él nos da dones físicos y espirituales.

Recientemente, la hermana Nelson y yo disfrutamos de la belleza de peces tropicales en un pequeño acuario privado. Peces de colores vivos y de diversas formas y tamaños nadaban de un lado a otro. Le pregunté a la encargada cercana: “¿Quién provee alimento para estos hermosos peces?”

Ella respondió: “Yo lo hago.”

Entonces pregunté: “¿Alguna vez te lo han agradecido?”

Ella contestó: “¡Todavía no!”

Pensé en algunas personas que conozco que son igual de inconscientes de su Creador y de su verdadero “pan de vida”. Viven día a día sin conciencia de Dios ni de Su bondad hacia ellos. No reconocen Su ayuda para lograr lo que de otro modo sería imposible.

¡Cuánto mejor sería si todos pudieran estar más conscientes de la providencia y el amor de Dios, y expresaran esa gratitud hacia Él! Amón enseñó: “*Demos gracias a Dios, porque Él obra justicia para siempre.*” Nuestro grado de gratitud es una medida de nuestro amor por Él.

Dios es el Padre de nuestros espíritus. Él tiene un cuerpo glorificado y perfeccionado de carne y hueso. Vivimos con Él en el cielo antes de nacer. Y cuando Él nos creó físicamente, fuimos creados a la imagen de Dios, cada uno con un cuerpo personal.

Piensa en nuestro sustento físico. Es verdaderamente enviado del cielo. Las necesidades de aire, alimento y agua nos llegan como dones de un amoroso Padre Celestial. La tierra fue creada para sostener nuestra breve estancia en la mortalidad. Nacimos con la capacidad de crecer, amar, casarnos y formar familias.

El matrimonio y la familia son ordenados por Dios. La familia es la unidad social más importante en el tiempo y en la eternidad. Bajo el gran plan de felicidad de Dios, las familias pueden ser selladas en los templos y estar preparadas para regresar a morar en Su santa presencia para siempre. Esto cumple los anhelos más profundos del alma humana: el deseo natural de una asociación interminable con los seres queridos de la familia.

Somos parte de Su divino propósito: “Mi obra y mi gloria,” dijo Él, es “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.” Para alcanzar esos objetivos, “Dios... dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” Ese acto fue una manifestación suprema del amor de Dios. “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.”

Central en el plan eterno de Dios está la misión de Su Hijo Jesucristo. Él vino a redimir a los hijos de Dios. Y debido a la Expiación del Señor, la resurrección (o inmortalidad) se convirtió en una realidad. Gracias a la Expiación, la vida eterna se convirtió en una posibilidad para todos los que se califiquen. Jesús lo explicó así:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá;

“Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”

¡Por la Expiación del Señor y Su don de la resurrección —gracias sean dadas a Dios!

Nuestro Padre Celestial ama a Sus hijos. Él ha bendecido a cada uno con dones físicos y espirituales. Permíteme hablar de cada tipo. Cuando cantas “Soy un hijo de Dios”, piensa en Su don para ti: tu propio cuerpo físico. Los muchos atributos asombrosos de tu cuerpo dan testimonio de tu propia “naturaleza divina.”

Cada órgano de tu cuerpo es un don maravilloso de Dios. Cada ojo tiene un lente con enfoque automático. Nervios y músculos controlan ambos ojos para crear una sola imagen tridimensional. Los ojos están conectados al cerebro, que registra las cosas vistas.

Tu corazón es una bomba increíble. Tiene cuatro delicadas válvulas que controlan la dirección del flujo sanguíneo. Estas válvulas se abren y cierran más de 100,000 veces al día —36 millones de veces al año. Y, a menos que una enfermedad lo altere, son capaces de resistir semejante esfuerzo casi indefinidamente.

Piensa en el sistema de defensa del cuerpo. Para protegerse del daño, percibe el dolor. En respuesta a una infección, genera anticuerpos. La piel proporciona protección. Advierte contra el daño que podrían causar el calor o el frío excesivos.

El cuerpo renueva sus propias células desgastadas y regula los niveles de sus ingredientes vitales. El cuerpo sana sus cortes, moretones y huesos rotos. Su capacidad de reproducción es otro don sagrado de Dios.

Debemos recordar que no se requiere un cuerpo perfecto para lograr el destino divino. De hecho, algunos de los espíritus más dulces habitan en cuerpos frágiles o imperfectos. Una gran fortaleza espiritual a menudo se desarrolla en personas con desafíos físicos, precisamente porque enfrentan tales desafíos.

Cualquiera que estudie el funcionamiento del cuerpo humano seguramente ha “*visto a Dios obrando en Su majestad y poder.*”

Porque el cuerpo está gobernado por leyes divinas, toda sanidad proviene de la obediencia a la ley sobre la cual se basa esa bendición.

Sin embargo, algunas personas erróneamente piensan que estos maravillosos atributos físicos ocurrieron por casualidad o resultaron de un accidente en algún lugar. Pregúntate: ¿Podría una explosión en una imprenta producir un diccionario? La probabilidad es muy remota. Pero aun si así fuera, ¡nunca podría sanar sus propias páginas rasgadas ni reproducir ediciones más nuevas!

Si la capacidad del cuerpo para funcionar normalmente, defenderse, repararse, regularse y regenerarse prevaleciera sin límite, la vida aquí continuaría perpetuamente. Sí, ¡estaríamos varados en la tierra! Misericordiosamente para nosotros, nuestro Creador proveyó el envejecimiento y otros procesos que finalmente resultan en nuestra muerte física. La muerte, como el nacimiento, es parte de la vida. Las Escrituras enseñan que *“no era conveniente que el hombre fuera redimido de esta muerte temporal, porque eso destruiría el gran plan de felicidad.”* Regresar a Dios por medio del portal que llamamos muerte es un gozo para quienes lo aman y están preparados para encontrarse con Él. Finalmente llegará el tiempo en que cada *“espíritu y cuerpo serán reunidos otra vez en perfecta forma; tanto miembro como coyuntura serán restaurados a su debido marco,”* para nunca más separarse. ¡Por estos dones físicos, gracias sean dadas a Dios!

Tan importante como es el cuerpo, este sirve de tabernáculo para el espíritu eterno de cada uno. Nuestros espíritus existieron en la vida premortal y continuarán viviendo después de que el cuerpo muera. El espíritu da al cuerpo animación y personalidad. En esta vida y en la venidera, espíritu y cuerpo, al unirse, llegan a ser un alma viviente de valor supremo.

Debido a que el espíritu es tan importante, su desarrollo tiene consecuencias eternas. Se fortalece al comunicarnos en oración humilde con nuestro amoroso Padre Celestial.

Los atributos por los cuales seremos juzgados un día son todos espirituales. Estos incluyen el amor, la virtud, la integridad, la compasión y el servicio a los demás. Tu espíritu, unido y alojado en tu cuerpo, puede desarrollar y manifestar estos atributos de maneras que son vitales para tu progreso eterno. El progreso espiritual se alcanza mediante los pasos de la fe, el arrepentimiento, el bautismo, el don del Espíritu Santo y perseverar hasta el fin, lo que incluye la investidura y las ordenanzas de sellamiento del santo templo.

Así como el cuerpo requiere alimento diario para sobrevivir, el espíritu también necesita nutrición. El espíritu se nutre de la verdad eterna. No hace mucho celebramos el 400.^o aniversario de la traducción de la Biblia del Rey Santiago. Y hemos tenido el Libro de Mormón por casi 200 años. Ahora ha sido traducido en su totalidad o en selecciones a 107 idiomas. Gracias a estas y otras Escrituras preciosas, sabemos que Dios es nuestro Padre Eterno y que Su Hijo Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor. ¡Por estos dones espirituales, gracias sean dadas a Dios!

Sabemos que profetas de muchas dispensaciones, tales como Adán, Noé, Moisés y Abraham, todos enseñaron acerca de la divinidad de nuestro Padre Celestial y de Jesucristo. Nuestra dispensación actual fue inaugurada por el Padre Celestial y Jesucristo, cuando Ellos se aparecieron al Profeta José Smith en 1820. La Iglesia fue organizada en 1830. Hoy permanecemos bajo convenio de llevar el evangelio a *“toda nación, tribu, lengua y pueblo.”* Al hacerlo, tanto quienes dan como quienes reciben serán bendecidos.

Es nuestra responsabilidad enseñar a Sus hijos y despertar en ellos la conciencia de Dios. Hace mucho tiempo, el rey Benjamín dijo: *“Creed en Dios; creed que existe, y que ha creado todas las cosas, tanto en el*

cielo como en la tierra; creed que tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra...

“... Creed que debéis arrepentiros de vuestros pecados y abandonarlos, y humillaros ante Dios; y pedidle de corazón sincero que os perdone; y ahora bien, si creéis todas estas cosas, ved que las hagáis.”

Dios es el mismo ayer, hoy y por los siglos, pero nosotros no lo somos. Cada día tenemos el desafío de acceder al poder de la Expiación, para poder realmente cambiar, llegar a ser más semejantes a Cristo y calificarnos para el don de la exaltación, y vivir eternamente con Dios, Jesucristo y nuestras familias. ¡Por estos poderes, privilegios y dones del evangelio, gracias sean dadas a Dios!

Podemos orar
para que haya comprensión mutua y
respeto entre nosotros y nuestros
vecinos.

Si realmente nos preocupamos por los
demás,

**DEBERÍAMOS ORAR POR
ELLOS.**

Capítulo 4

Él nos enseña a orar.

Una manera en que solicitamos la ayuda del Señor para lograr lo imposible es orando por ello. Como en todas las cosas, nuestro Salvador estableció el ejemplo para nosotros en este principio importante de la oración.

Nuestras oraciones siguen los patrones y enseñanzas del Señor Jesucristo. Él nos enseñó cómo orar. De Sus oraciones podemos aprender muchas lecciones importantes. Podemos comenzar con la Oración del Señor y añadir lecciones de otras oraciones que Él nos ha dado.

Al repasar la Oración del Señor, escucha las enseñanzas:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo.

“Danos hoy el pan nuestro de cada día.

“Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

“Y no nos metas en tentación, mas libranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.”

La Oración del Señor está registrada dos veces en el Nuevo Testamento y una vez en el Libro de Mormón. También se incluye en la Traducción de José Smith de la Biblia, donde se proporciona aclaración con estas dos frases:

1. “Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.”
2. “No permitas que seamos llevados a la tentación, mas líbranos del mal.”

La aclaración sobre el perdón se confirma con otras declaraciones del Maestro. Él dijo a Sus siervos: “En la medida en que os hayáis perdonado unos a otros vuestras ofensas, así también os perdono yo, el Señor.” En otras palabras, si uno desea ser perdonado, primero debe perdonar.

La aclaración sobre la tentación es útil, pues ciertamente no seríamos llevados a la tentación por la Deidad. El Señor dijo: “Velad y orad, para que no entréis en tentación.”

Aunque las cuatro versiones de la Oración del Señor no son idénticas, todas comienzan con un saludo a “Padre nuestro”, lo cual significa una relación cercana entre Dios y Sus hijos. La frase “santificado sea tu nombre” refleja la reverencia y la actitud de adoración que debemos sentir al orar. “Hágase tu voluntad” expresa un concepto que se analizará más adelante.

Su petición por “el pan de cada día” incluye también la necesidad de alimento espiritual. Jesús, quien se llamó a sí mismo “el pan de vida,” dio esta promesa: “El que a mí viene, nunca tendrá hambre.” Y al participar dignamente de los emblemas sacramentales, se nos promete además que siempre tendremos Su Espíritu con nosotros. Ese es un sustento espiritual que no se puede obtener de ninguna otra manera.

Al concluir Su oración, el Señor reconoce el gran poder y la gloria de Dios, terminando con “Amén.” Nuestras oraciones también terminan con amén. Aunque se pronuncia de manera diferente en varios idiomas, su significado es el mismo: quiere decir “verdaderamente” o “en verdad.” Agregar amén afirma solemnemente un sermón o una

oración. Aquellos que estén de acuerdo deben añadir un amén audible para significar: “esa es también mi solemne declaración.”

El Señor precedió Su oración pidiendo primero a Sus seguidores que evitaran “vanas repeticiones” y que oraran “de esta manera.” Así, la Oración del Señor sirve como un patrón a seguir y no como una pieza para memorizar y recitar repetitivamente. El Maestro simplemente quiere que oremos pidiendo la ayuda de Dios mientras nos esforzamos constantemente por resistir el mal y vivir rectamente.

Otras oraciones del Señor también son instructivas, especialmente Sus oraciones intercesoras. Se llaman así porque el Señor intercedió en oración con Su Padre en beneficio de Sus discípulos. Imagina en tu mente al Salvador del mundo de rodillas en oración, mientras cito de Juan capítulo 17:

“Estas cosas habló Jesús, y alzó los ojos al cielo, y dijo: Padre, glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti...”

“He acabado la obra que me diste que hiciera...”

“Porque les he dado las palabras que me diste; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.”

“Yo ruego por ellos.”

De esta oración del Señor aprendemos cuán profundamente siente Él Su responsabilidad como nuestro Mediador y Abogado ante el Padre. Así también, nosotros deberíamos sentir nuestra responsabilidad de guardar Sus mandamientos y perseverar hasta el fin.

Una oración intercesora también fue ofrecida por Jesús por el pueblo de la antigua América. El registro declara que “nadie puede concebir el gozo que llenó nuestras almas cuando lo oímos orar por nosotros al Padre.” Entonces Jesús añadió: “Benditos sois a causa de vuestra fe. Y ahora he aquí, mi gozo es completo.”

En una oración posterior, Jesús incluyó una súplica por la unidad: “Padre,” dijo, “ruego a ti por ellos, para que crean en mí, para que yo esté en ellos como tú, Padre, estás en mí, para que seamos uno.” Nosotros también podemos orar por la unidad. Podemos orar para tener un corazón y una mente con los ungidos del Señor y con nuestros seres queridos. Podemos orar por comprensión y respeto mutuos entre nosotros y nuestros vecinos. Si realmente nos preocupamos por los demás, deberíamos orar por ellos. “Orad los unos por los otros,” enseñó Santiago, “porque la oración eficaz del justo puede mucho.”

Otras lecciones sobre la oración fueron enseñadas por el Señor. Él dijo a Sus discípulos que “debéis orar siempre al Padre en mi nombre.” El Salvador recalcó además: “Orad en vuestras familias al Padre, siempre en mi nombre.” Obedientemente, aplicamos esa enseñanza cuando oramos a nuestro Padre Celestial en el nombre de Jesucristo.

Otra de las oraciones del Señor enseña una lección repetida en tres versículos consecutivos:

“Padre, te doy gracias porque has dado el Espíritu Santo a estos a quienes he escogido...”

“Padre, te ruego que des el Espíritu Santo a todos los que crean en sus palabras.”

“Padre, tú les has dado el Espíritu Santo porque han creído en mí.”

Si la compañía del Espíritu Santo es tan importante, debemos orar también por ella. Asimismo, debemos ayudar a todos los conversos y a nuestros hijos a cultivar el don del Espíritu Santo. Al orar así, el Espíritu Santo puede convertirse en una fuerza vital para el bien en nuestras vidas.

El Señor ha enseñado maneras mediante las cuales nuestras oraciones pueden ser fortalecidas. Por ejemplo, Él dijo que “el canto de los justos es una oración para mí, y será contestado con una bendición sobre sus cabezas.”

La oración también puede fortalecerse mediante el ayuno. El Señor dijo: “Os doy el mandamiento de que perseveréis en la oración y el ayuno desde ahora en adelante.” Una súplica por sabiduría en el ayuno fue ofrecida por el presidente Joseph F. Smith, quien advirtió que “existe tal cosa como exagerar. Un hombre puede ayunar y orar hasta matarse; y no hay ninguna necesidad de eso, ni sabiduría en ello... El Señor puede escuchar una simple oración, ofrecida con fe, de media docena de palabras, y reconocer un ayuno que no dure más de veinticuatro horas, con tanta prontitud y efectividad como contestará una oración de mil palabras y un ayuno de un mes... El Señor aceptará lo que sea suficiente, con mucho más placer y satisfacción que aquello que es excesivo e innecesario.”

El concepto de “excesivo e innecesario” también podría aplicarse a la duración de nuestras oraciones. Una oración de cierre en una reunión de la Iglesia no necesita incluir un resumen de cada discurso y no debe convertirse en un sermón no programado. Las oraciones privadas pueden ser tan largas como deseemos, pero las oraciones públicas deben ser súplicas breves para que el Espíritu del Señor esté con nosotros, o breves declaraciones de gratitud por lo que ha sucedido.

Nuestras oraciones pueden ser fortalecidas de otras maneras. Podemos usar “palabras correctas” —pronombres especiales— en referencia a la Deidad. Mientras que las costumbres del mundo en el vestir y en el hablar se están volviendo más casuales, se nos ha pedido proteger el lenguaje formal y correcto de la oración. En nuestras oraciones usamos los pronombres respetuosos Tú, Ti, Te, Tuyo en lugar de usted, su, sus. Hacerlo nos ayuda a ser humildes.

Eso también puede fortalecer nuestras oraciones. Así lo declara la Escritura: “Humíllate, y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones.”

La oración comienza con la iniciativa individual. “He aquí,” dice el Señor, “yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” Esa puerta se abre cuando oramos a nuestro Padre Celestial en el nombre de Jesucristo.

¿Cuándo debemos orar? ¡Siempre que lo deseemos! Alma enseñó: “Consulta con el Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien; sí, cuando te acuestes por la noche, acuéstate en el Señor; y cuando te levantes por la mañana, haz que tu corazón esté lleno de gratitud hacia Dios; y si hacéis estas cosas, seréis enaltecidos en el día postrero.”

Jesús recordó a Sus discípulos “que no cesaran de orar en sus corazones.”

La práctica de los miembros de la Iglesia es arrodillarse en oración familiar cada mañana y noche, además de tener oraciones personales diarias y oraciones de gratitud por los alimentos. El presidente Thomas S. Monson dijo: “Al ofrecer al Señor nuestras oraciones familiares y personales, hagámoslo con fe y confianza en Él.”

Y así, al orar por bendiciones temporales y espirituales, todos debemos suplicar, como lo hizo Jesús en la Oración del Señor: “Hágase tu voluntad.”

Jesucristo, el Salvador del mundo—Aquel que nos rescató con Su sangre—es nuestro Redentor y nuestro Ejemplo. Al concluir Su misión mortal, Él oró para que Su voluntad—como el Hijo Amado—fuera “absorbida en la voluntad del Padre.” En esa hora crucial el

Salvador clamó: “Padre... no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Así también nosotros debemos orar a Dios: “Hágase tu voluntad.”

Y oremos siempre “que [el reino del Señor] avance sobre la tierra, para que los habitantes... se preparen para los días... [cuando] el Hijo del Hombre descenderá... en el resplandor de Su gloria, para encontrarse con el reino de Dios que se ha establecido en la tierra.”

En nuestra vida diaria y en nuestras propias horas cruciales, que podamos aplicar fervientemente estas preciosas lecciones del Señor, es mi oración.

Cuando comprendemos que
somos hijos del convenio,
sabemos quiénes somos y qué
espera Dios de nosotros.

Capítulo 5

Él nos ofrece convenios para fortalecernos.

Una semana después de que cumplí con la asignación de organizar la primera estaca en Moscú, Rusia, asistí a una conferencia de distrito en San Petersburgo. Mientras hablaba de mi gratitud por los primeros misioneros y líderes locales que dieron fortaleza a la Iglesia en Rusia, mencioné el nombre de Vyacheslav Efimov. Él fue el primer converso ruso en llegar a ser presidente de misión. Él y su esposa cumplieron de manera maravillosa en ese llamamiento. No mucho tiempo después de haber concluido su misión, y para nuestro pesar, el presidente Efimov falleció repentinamente. Tenía solo cincuenta y dos años de edad.

Mientras hablaba de esta pareja pionera, sentí la impresión de preguntar a la congregación si acaso la hermana Efimov estaba presente. Muy al fondo del salón se puso de pie una mujer. La invité a pasar al micrófono. Sí, era la hermana Galina Efimov. Ella habló con convicción y dio un poderoso testimonio del Señor, de Su evangelio y de Su Iglesia restaurada. Ella y su esposo habían sido sellados en el santo templo. Dijo que estaban unidos para siempre. Seguían siendo compañeros misionales, ella de este lado del velo y él del otro lado. Con lágrimas de gozo, agradeció a Dios por los sagrados convenios del templo. Yo también lloré, con plena conciencia de que la unidad eterna ejemplificada por esta fiel pareja era el resultado justo de hacer, guardar y honrar los sagrados convenios.

Uno de los conceptos más importantes de la religión revelada es el del convenio sagrado. En el lenguaje legal, un convenio

generalmente denota un acuerdo entre dos o más partes. Pero en un contexto religioso, un convenio es mucho más significativo. Es una promesa sagrada con Dios. Él establece las condiciones. Cada persona puede elegir aceptar esas condiciones. Si uno acepta los términos del convenio y obedece la ley de Dios, recibe las bendiciones asociadas al convenio. Sabemos que *“cuando obtenemos cualquier bendición de Dios, es por obediencia a la ley sobre la cual se basa.”*

A lo largo de las edades, Dios ha hecho convenios con Sus hijos. Sus convenios aparecen en todo el plan de salvación y, por lo tanto, son parte de la plenitud de Su evangelio. Por ejemplo, Dios prometió enviar un Salvador para Sus hijos, pidiendo a cambio su obediencia a Su ley.

En la Biblia leemos acerca de hombres y mujeres en el Viejo Mundo que fueron identificados como hijos del convenio. ¿Qué convenio? “El convenio que Dios hizo con [sus] padres, diciendo a Abraham: Y en tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.”

En el Libro de Mormón leemos acerca de un pueblo en el Nuevo Mundo que también fue identificado como hijos del convenio. El Señor resucitado así se lo hizo saber: “He aquí, sois los hijos de los profetas; y sois de la casa de Israel; y sois del convenio que el Padre hizo con vuestros padres, diciendo a Abraham: Y en tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.”

El Salvador explicó la importancia de su identidad como hijos del convenio. Él dijo: “El Padre habiéndome levantado a vosotros primero, me envió para bendeciros apartando a cada uno de vosotros de sus iniquidades; y esto porque sois hijos del convenio.”

El convenio que Dios hizo con Abraham y más tarde reafirmó con Isaac y Jacob es de trascendente importancia. Contenía varias promesas, entre ellas:

- Jesucristo nacería por medio del linaje de Abraham.
- La posteridad de Abraham sería numerosa, con derecho a un incremento eterno y también con derecho a portar el sacerdocio.
- Abraham llegaría a ser padre de muchas naciones.
- Ciertas tierras serían heredadas por su posteridad.
- Todas las naciones de la tierra serían bendecidas por su simiente.
- Y ese convenio sería eterno —aun a lo largo de “mil generaciones.”

Algunas de esas promesas ya se han cumplido; otras aún están pendientes. Cito de una temprana profecía del Libro de Mormón: “Nuestro padre [Lehi] no ha hablado solamente de nuestra posteridad, sino también de toda la casa de Israel, refiriéndose al convenio que se cumpliría en los postreros días; convenio que el Señor hizo con nuestro padre Abraham.”

¿No es asombroso? Cerca de seiscientos años antes de que Jesús naciera en Belén, los profetas sabían que el convenio abrahámico se cumpliría finalmente solo en los últimos días.

Para facilitar el cumplimiento de esa promesa, el Señor se apareció en estos últimos días para renovar el convenio abrahámico. Al profeta José Smith el Maestro le declaró:

“Abraham recibió promesas concernientes a su posteridad y al fruto de sus lomos—de cuyos lomos eres tú, mi siervo José... Esta promesa es tuya también, porque eres de Abraham.”

Con esta renovación, hemos recibido, al igual que ellos en la antigüedad, el santo sacerdocio y el evangelio eterno. Tenemos el derecho de recibir la plenitud del evangelio, disfrutar de las

bendiciones del sacerdocio y calificar para la mayor bendición de Dios: la vida eterna.

Algunos de nosotros somos la descendencia literal de Abraham; otros son reunidos en su familia por adopción. El Señor no hace distinción. Juntos recibimos estas bendiciones prometidas, si buscamos al Señor y obedecemos Sus mandamientos. Pero si no lo hacemos, perdemos las bendiciones del convenio. Para ayudarnos, Su Iglesia proporciona bendiciones patriarcales a fin de dar a cada receptor una visión de su futuro, así como una conexión con el pasado, incluso una declaración de linaje que remonta a Abraham, Isaac y Jacob.

Los varones del convenio tienen el derecho de calificar para el juramento y convenio del sacerdocio. Si son “fieles hasta obtener estos dos sacerdocios, y magnificar [su] llamamiento, [son] santificados por el Espíritu para la renovación de [sus] cuerpos.” Y eso no es todo. Los hombres que reciben dignamente el sacerdocio reciben al Señor Jesucristo, y los que reciben al Señor reciben a Dios el Padre. Y los que reciben al Padre reciben todo lo que Él tiene. ¡Increíbles bendiciones fluyen de este juramento y convenio a hombres, mujeres y niños dignos en todo el mundo!

Nuestra responsabilidad es ayudar a cumplir el convenio abrahámico. Somos la descendencia preordenada y preparada para bendecir a todos los pueblos de la tierra. Por eso el deber del sacerdocio incluye la obra misional. Después de unos cuatro mil años de anticipación y preparación, este es el día señalado para que el evangelio sea llevado a todas las familias de la tierra. Este es el tiempo de la prometida reunión de Israel. ¡Y nosotros podemos participar! ¿No es emocionante? El Señor cuenta con quienes sirven dignamente como misioneros en esta gran época de la reunión de Israel.

El Libro de Mormón es una señal tangible de que el Señor ha comenzado a reunir a Sus hijos del Israel del convenio. Este libro,

escrito para nuestro tiempo, declara como uno de sus propósitos que “sepáis que el convenio que el Padre ha hecho con los hijos de Israel... ya ha comenzado a cumplirse... Porque he aquí, el Señor recordará el convenio que ha hecho a su pueblo de la casa de Israel.”

¡En verdad, el Señor no se ha olvidado! Él nos ha bendecido a nosotros y a otros en todo el mundo con el Libro de Mormón. Uno de sus propósitos es para “la convicción del judío y del gentil de que Jesús es el Cristo.” Ayuda a que hagamos convenios con Dios. Nos invita a recordarlo y a conocer a Su Hijo Amado. Es otro testamento de Jesucristo.

Los hijos del convenio tienen el derecho de recibir Su doctrina y de conocer el plan de salvación. Reclaman ese derecho al hacer convenios de significado sagrado. Brigham Young dijo:

“Todos los Santos de los Últimos Días entran en el nuevo y sempiterno convenio cuando ingresan a esta Iglesia... Entran en el nuevo y sempiterno convenio de sostener el Reino de Dios.”

Guardan el convenio mediante la obediencia a Sus mandamientos.

El guardar compromisos prepara a una persona para guardar convenios. El evangelio de Jesucristo incluye hacer y guardar convenios sagrados, el primero de los cuales es el convenio del bautismo. El acto del bautismo en sí no limpia el pecado. Gracias a la Expiación, uno se vuelve limpio cuando guarda fielmente el convenio bautismal de seguir al Señor Jesucristo.

Luego viene el don del Espíritu Santo. ¡Qué bendición es esa! Como todo don, necesita ser desempaquetado y utilizado.

Después llegamos a los convenios culminantes de nuestra mortalidad: las ordenanzas de investidura y sellamiento del templo.

“Siempre que el Señor ha tenido un pueblo en la tierra que obedezca Su palabra, se les ha mandado edificar templos.” Los patrones de los

templos son tan antiguos como la vida humana en la tierra. En realidad, el plan para los templos se estableció aún antes de la fundación del mundo, cuando se hizo provisión para la redención de aquellos que pudieran morir sin el conocimiento del evangelio.

Adán y Eva fueron instruidos por el Señor a edificar un altar y ofrecer sacrificios. El tabernáculo de Moisés fue un precursor portátil. Luego vino aquel templo construido en los días de Salomón. Fue destruido en el año 600 a.C. y restaurado por Zorobabel cerca de cien años después. Fue incendiado en el año 37 a.C. y reconstruido por el rey Herodes.

Este fue el templo que Jesús conoció y amó. Pero no amó la manera en que el pueblo lo profanó. En la primera purificación, Jesús se refirió reverentemente al templo como “la casa de mi Padre.” En la segunda purificación del templo, lo llamó “mi casa.” Más tarde, cuando previó que el templo sería nuevamente profanado, Jesús lo llamó “vuestra casa... dejada desierta.” Esa profecía se cumplió cuando el templo fue destruido por los romanos en el año 70 d.C.

Hace algunos años, estuve en Jerusalén siendo guiado a través de excavaciones túneles a la izquierda del llamado “Muro de los Lamentos.” Allí, en ese túnel, los rabinos judíos oraban por el día en que el tercer templo fuera edificado en Jerusalén. Se me dijo que uno de ellos había preguntado al famoso arqueólogo israelí Yigael Yadin qué harían con un nuevo templo si se construyera en Jerusalén. Se reporta que respondió: “No lo sé. Pregúntenles a los mormones. ¡Ellos lo sabrán!”

¡En verdad lo sabemos! Los templos son un componente esencial de la Restauración del evangelio en su plenitud.

Después de décadas de oscuridad espiritual llegó el inicio de la Restauración. En 1820, Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo se aparecieron al Profeta José Smith. Más tarde, lo dirigieron a edificar

el primer templo de esta nueva y última dispensación de la plenitud de los tiempos. Fue construido en Kirtland, Ohio. Fue un templo preparatorio, donde importantes llaves del sacerdocio fueron conferidas a los hombres. El siguiente templo, el Templo de Nauvoo, tuvo una pila bautismal para que los Santos pudieran ser bautizados vicariamente por sus antepasados fallecidos.

Poco después de llegar al valle del Gran Lago Salado, el presidente Brigham Young tocó el suelo del desierto con su bastón y proclamó: “Aquí construiremos un templo a nuestro Dios.”

Año tras año y paso a paso, la revelación ha llegado a los profetas sucesivos. El presidente Wilford Woodruff enseñó este concepto cuando habló en la conferencia general de abril de 1894:

“[José Smith y Brigham Young] no recibieron todas las revelaciones que pertenecen a la obra [del templo]; tampoco el presidente Taylor, ni Wilford Woodruff. No habrá fin para esta obra hasta que sea perfeccionada.”

En la dedicación del Templo de St. George el 1 de enero de 1877, el mismo año en que falleció el presidente Young, él dijo:

“¿Qué suponen que dirían los padres si pudieran hablar desde la tumba? ¿No dirían: ‘Hemos yacido aquí miles de años, aquí en esta prisión, esperando que llegara esta dispensación’? ... ¿Qué susurrarían en nuestros oídos? Pues bien, si tuvieran el poder, los mismos truenos del cielo resonarían en nuestros oídos, si pudiéramos darnos cuenta de la importancia de la obra en la que estamos comprometidos. Todos los ángeles en el cielo están mirando a este pequeño puñado de personas y los estimulan hacia la salvación de la familia humana. ... Cuando pienso en este tema, deseo que las lenguas de siete truenos despierten al pueblo.”

El presidente Howard W. Hunter agregó esta declaración:

“Invito a los Santos de los Últimos Días a mirar al templo del Señor como el gran símbolo de [su] membresía. Es el deseo más profundo de mi corazón que cada miembro de la Iglesia sea digno de entrar al templo. Al Señor le agradecería que cada miembro adulto fuera digno de —y llevara consigo— una recomendación vigente para el templo.”

¿Por qué tenemos templos? ¿Por qué tenemos misioneros? ¿Por qué debería alguien unirse a esta Iglesia? ¿Para hacer la vida más agradable, satisfactoria o edificante? Sí, pero otras organizaciones también pueden lograr algo de eso. En realidad, nos unimos a esta Iglesia para hacer y guardar convenios sagrados que nos califiquen para la vida eterna. Nos unimos a esta Iglesia para que nuestras familias puedan estar juntas para siempre. Solo la Iglesia del Señor puede ofrecer estas bendiciones eternas.

Sin las ordenanzas de sellamiento realizadas por las familias en el templo, ¡toda la tierra quedaría totalmente desperdiciada! Los propósitos de la Creación, la Caída y la Expiación serían frustrados.

Repito: Dios simplemente quiere que Sus hijos regresen a Él. Para que esto suceda, cada uno de nosotros necesita hacer y guardar convenios sagrados, recibir las ordenanzas de salvación y exaltación, y ser vinculados tanto a nuestros antepasados como a nuestra posteridad. Solo entonces estaremos calificados para morar con la Deidad y con nuestras familias para siempre.

Cuando comprendemos que somos hijos del convenio, sabemos quiénes somos y qué espera Dios de nosotros. Su ley está escrita en nuestros corazones. Él es nuestro Dios y nosotros somos Su pueblo. Los hijos comprometidos del convenio permanecen firmes, incluso en medio de la adversidad. Cuando esa doctrina está profundamente implantada en nuestros corazones, aun el aguijón de la muerte se suaviza y nuestra resistencia espiritual se fortalece.

El mayor cumplido que se puede ganar aquí en esta vida es ser conocido como un guardador de convenios. Las recompensas para un guardador de convenios se recibirán tanto aquí como en la eternidad. La Escritura declara:

“Debéis considerar el estado bendito y feliz de aquellos que guardan los mandamientos de Dios. Porque he aquí, son bendecidos en todas las cosas, ... y si perseveran fieles hasta el fin son recibidos en el cielo, ... [y] moran con Dios en un estado de felicidad sin fin.”

Dios vive. Jesús es el Cristo. Su Iglesia ha sido restaurada para bendecir a todos los pueblos. Y nosotros, como hijos fieles del convenio, seremos bendecidos ahora y para siempre.

LO QUE PODEMOS HACER
EL DON DEL DISCERNIMIENTO
ESPIRITUAL

es un don supremo.

Permite a los miembros de la Iglesia
ver cosas que no son visibles
y sentir cosas que no son tangibles.

Capítulo 6

Podemos recibir revelación

Estoy agradecido por el milagro de la comunicación moderna que permite a los líderes de la Iglesia llegar a millones de personas en todo el mundo. La tecnología actual también nos permite usar teléfonos inalámbricos para intercambiar información rápidamente. Wendy y yo estábamos en una asignación en otro continente cuando nos enteramos de que había llegado un nuevo bebé a nuestra familia extendida. Recibimos la buena noticia minutos después de que ese nacimiento ocurriera al otro lado del mundo.

Aún más asombrosa que la tecnología moderna es nuestra oportunidad de acceder a información directamente del cielo, sin hardware, software ni cuotas mensuales de servicio. Es uno de los dones más maravillosos que el Señor ha ofrecido a los mortales. Es Su generosa invitación: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.”

Esta oferta eterna de recibir revelación personal se extiende a todos Sus hijos. Casi suena demasiado bueno para ser verdad. ¡Pero es verdad! Yo he recibido y he respondido a esa ayuda celestial. Y he aprendido que siempre necesito estar preparado para recibirla.

Hace años, mientras estaba sumido en la tarea de preparar un discurso para la conferencia general, fui despertado de un sueño profundo con una idea fuertemente impresa en mi mente. Inmediatamente tomé lápiz y papel junto a mi cama y escribí lo más rápido que pude. Volví a dormir, sabiendo que había captado aquella gran impresión. A la mañana siguiente miré ese papel y descubrí, para mi gran desilusión, que mi escritura era totalmente ilegible.

Todavía guardo lápiz y papel en mi mesita de noche, pero ahora escribo con más cuidado.

Para acceder a información del cielo, primero se debe tener una fe firme y un profundo deseo. Se necesita “pedir con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo.” “Verdadera intención” significa que uno realmente tiene la intención de seguir la dirección divina que se le dé.

El siguiente requisito es estudiar el asunto con diligencia. Este concepto fue enseñado a los líderes de esta Iglesia restaurada cuando recién estaban aprendiendo cómo obtener revelación personal. El Señor les instruyó: “He aquí, debéis estudiarlo en vuestra mente; entonces me preguntaréis si está bien, y si lo es, haré que vuestro pecho arda dentro de vosotros; por lo tanto, sentiréis que está bien.”

Parte de estar preparado es conocer y obedecer las enseñanzas pertinentes del Señor. Algunas de Sus verdades eternas son aplicables de manera general, como los mandamientos de no robar, no matar y no dar falso testimonio. Otras enseñanzas o mandamientos también son generales, como aquellos relacionados con el día de reposo, la santa cena, el bautismo y la confirmación.

Algunas revelaciones se han dado para circunstancias únicas, como la construcción del arca por Noé o la necesidad de que profetas como Moisés, Lehi y Brigham Young dirigieran a sus seguidores en arduos viajes. El patrón establecido desde hace mucho tiempo por Dios de enseñar a Sus hijos mediante profetas nos asegura que Él bendecirá a cada profeta y que bendecirá a quienes presten atención a su consejo profético.

El deseo de seguir al profeta requiere gran esfuerzo porque el hombre natural sabe muy poco de Dios y aún menos de Su profeta. Pablo escribió que “el hombre natural no percibe las cosas que son

del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”⁴El cambio de ser un hombre natural a un discípulo devoto es un cambio poderoso.

Otro profeta enseñó que “el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a no ser que se rinda al influjo del Santo Espíritu, y se despoje del hombre natural y se haga santo por la expiación de Cristo el Señor, y se haga como un niño, sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor, dispuesto a someterse a todas las cosas que el Señor juzgue conveniente imponerle, así como un niño se somete a su padre.”

Recientemente observé un cambio tan poderoso en un hombre a quien conocí por primera vez hace unos diez años. Él había asistido a una conferencia de estaca en la que su hijo fue sostenido como miembro de la nueva presidencia de estaca. Este padre no era miembro de la Iglesia. Después de que su hijo fue puesto aparte, rodeé con mis brazos a este padre y lo felicité por tener un hijo tan maravilloso. Luego declaré con valentía: “Llegará el día en que usted querrá que este hijo sea sellado a usted y a su esposa en un santo templo. Y cuando ese día llegue, me sentiré honrado de efectuar ese sellamiento para ustedes.”

Durante la década siguiente, no volví a ver a este hombre. Luego, un día, él y su esposa vinieron a mi oficina. Me saludó cordialmente y me relató cuán sorprendido quedó con mi invitación anterior. No hizo mucho al respecto hasta más tarde, cuando comenzó a perder la audición. Entonces despertó a la realidad de que su cuerpo estaba cambiando y que su tiempo en la tierra era limitado. Con el tiempo perdió totalmente la audición. Al mismo tiempo, se convirtió y se unió a la Iglesia.

Durante nuestra visita resumió su transformación total: “Tuve que perder la audición antes de poder atender la gran importancia de su mensaje. Entonces me di cuenta de cuánto deseaba que mis seres

queridos fueran sellados a mí. Ahora soy digno y estoy preparado. ¿Podría usted efectuar ese sellamiento, por favor?” Lo hice con un profundo sentimiento de gratitud a Dios.

Después de que tiene lugar una conversión así, puede llegar un refinamiento espiritual aún mayor. La revelación personal puede afinarse hasta convertirse en discernimiento espiritual. Discernir significa cribar, separar o distinguir. El don del discernimiento espiritual es un don supremo. Permite a los miembros de la Iglesia ver cosas que no son visibles y sentir cosas que no son tangibles.

Los obispos tienen derecho a ese don cuando enfrentan la tarea de buscar a los pobres y cuidar de los necesitados. Con ese don, hermanas y hermanos pueden observar las tendencias del mundo y detectar aquellas que, por muy populares que sean, son superficiales o incluso peligrosas. Los miembros pueden discernir entre planes llamativos y pasajeros y aquellas mejoras que son edificantes y duraderas.

El discernimiento estaba implícito en importantes instrucciones que el presidente John Taylor dio hace mucho tiempo. Él enseñó a presidentes de estaca, obispos y otros: “Es derecho de quienes ocupan [estas posiciones] obtener la palabra de Dios con respecto a los deberes de sus presidencias para que puedan llevar a cabo con mayor eficacia Sus santos propósitos. Ninguno de los llamamientos o posiciones en el sacerdocio está destinado al beneficio personal, emolumentos o fama de quienes los poseen, sino que se dan expresamente para cumplir los propósitos de nuestro Padre Celestial y edificar el Reino de Dios en la tierra. . . . Nosotros . . . procuramos entender la voluntad de Dios, y luego llevarla a cabo; y velar porque se lleve a cabo por aquellos sobre quienes tenemos la responsabilidad.”

Para que tú recibas revelación individual, única para tus propias necesidades y responsabilidades, prevalecen ciertas pautas. El Señor

pide que desarrolles “fe, esperanza, caridad y amor, con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios.” Luego, con tu firme “fe, virtud, conocimiento, templanza, paciencia, bondad fraternal, piedad, caridad, humildad y diligencia,” podrás pedir, y recibirás; podrás llamar, y se te abrirá.

La revelación de Dios siempre es compatible con Su ley eterna. Nunca contradice Su doctrina. Se facilita por medio de la debida reverencia hacia la Deidad. El Maestro dio esta instrucción:

“Yo, el Señor, soy misericordioso y bondadoso con aquellos que me temen, y me deleito en honrar a los que me sirven en justicia y en verdad hasta el fin.

“Grande será su recompensa, y eterna será su gloria.

“A ellos revelaré todos los misterios [y] mi voluntad respecto a todas las cosas que pertenecen a mi reino.”

La revelación no tiene por qué venir toda de una vez. Puede llegar de manera incremental. “Dice el Señor Dios: Daré a los hijos de los hombres línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí; y bienaventurados son los que escuchan mis preceptos y prestan oído a mi consejo, porque aprenderán sabiduría; porque al que recibe daré más.” La paciencia y la perseverancia son parte de nuestro progreso eterno.

Los profetas han descrito lo que sintieron al recibir revelación. José Smith y Oliver Cowdery informaron que “se nos quitó el velo de la mente y se nos abrieron los ojos del entendimiento.” El presidente Joseph F. Smith escribió: “Mientras meditaba sobre estas cosas que están escritas, se me abrieron los ojos del entendimiento, y el Espíritu del Señor reposó sobre mí.”

Todo Santo de los Últimos Días puede ser digno de recibir revelación personal. La invitación a pedir, buscar y llamar en busca de dirección

divina existe porque Dios vive y Jesucristo es el Cristo viviente. Existe porque esta es Su Iglesia viviente. Y somos bendecidos hoy en día por ser guiados por profetas vivientes. Que escuchemos y atendamos su consejo profético es mi oración.

**Un atributo espiritual
fundamental es el del
dominio propio—
la fortaleza para anteponer la
razón al apetito.**

Capítulo 7

Podemos vencer la tentación

En este mundo, cada día es un día de decisión. El presidente Thomas S. Monson nos enseñó que “las decisiones determinan el destino.” El uso sabio de tu libertad para tomar tus propias decisiones es crucial para tu crecimiento espiritual, ahora y por la eternidad. Nunca eres demasiado joven para aprender, nunca demasiado mayor para cambiar. Tus anhelos de aprender y cambiar provienen de un impulso divinamente implantado hacia el progreso eterno. Cada día trae oportunidades para decisiones que afectarán nuestra eternidad.

Somos seres eternos, hijos espirituales de padres celestiales. La Biblia registra que “creó Dios al hombre a su imagen, . . . varón y hembra los creó.” Recientemente escuché a un coro de niños cantar la amada canción “Soy un hijo de Dios.” Me pregunté: “¿Por qué no he escuchado esa canción interpretada con más frecuencia por madres que cantan o padres fieles?” ¿Acaso no somos todos hijos de Dios? En verdad, ¡ninguno de nosotros puede dejar de ser jamás un hijo de Dios!

Como hijos de Dios, debemos amarlo con todo nuestro corazón y alma, aún más de lo que amamos a nuestros padres terrenales. Debemos amar a nuestro prójimo como a nuestros hermanos y hermanas. Ningún otro mandamiento es mayor que estos. Y debemos reverenciar siempre el valor de la vida humana en cada una de sus muchas etapas.

Las Escrituras enseñan que el cuerpo y el espíritu son el alma del hombre. Como seres duales, cada uno de ustedes puede agradecer a Dios por Sus dones invaluable: su cuerpo y su espíritu.

Mis años profesionales como médico me dieron un profundo respeto por el cuerpo humano. Creado por Dios como un regalo para ti, ¡es absolutamente asombroso! Piensa en tus ojos que ven, en tus oídos que oyen y en tus dedos que sienten todas las cosas maravillosas a tu alrededor. Tu cerebro te permite aprender, pensar y razonar. Tu corazón late incansablemente día y noche, casi sin que lo notes.

Otros mecanismos dados por Dios también están en funcionamiento en tu cuerpo. Elementos como el sodio, el potasio y el calcio, y compuestos como el agua, la glucosa y las proteínas, son esenciales para la supervivencia. El cuerpo maneja gases como el oxígeno y el dióxido de carbono. Produce hormonas como la insulina, la adrenalina y la tiroxina. Los niveles de cada uno de estos y muchos otros constituyentes en el cuerpo se autorregulan dentro de ciertos límites. Existen relaciones servo-reguladoras entre las glándulas del cuerpo. Por ejemplo, la glándula pituitaria en la base del cerebro emite una hormona para estimular la corteza de las glándulas suprarrenales a producir hormonas corticales adrenales. Los niveles crecientes de estas hormonas corticales, a su vez, suprimen la producción de la hormona estimulante de la pituitaria, y viceversa. Tu temperatura corporal se mantiene en un rango normal de 37 °C (98,6 °F), ya sea que estés en el ecuador o en el Polo Norte.

Dado que tu cuerpo es una parte tan vital del plan eterno de Dios, no es de extrañar que el apóstol Pablo lo describiera como un “templo de Dios.” Cada vez que te mires al espejo, contempla tu cuerpo como tu templo. Esa verdad —recordada con gratitud cada día— puede influir positivamente en tus decisiones acerca de cómo cuidarás tu cuerpo y cómo lo usarás. Y esas decisiones determinarán tu destino. ¿Cómo podría ser así? Porque tu cuerpo es el templo de tu espíritu. Y la manera en que uses tu cuerpo afecta a tu espíritu. Algunas de las decisiones que determinarán tu destino eterno incluyen:

- ¿Cómo elegirás cuidar y usar tu cuerpo?

- ¿Qué atributos espirituales elegirás desarrollar?

Tu espíritu es una entidad eterna. El Señor dijo a Su profeta Abraham: “Tú fuiste escogido antes de nacer.” El Señor dijo algo similar acerca de Jeremías y de muchos otros. Incluso lo dijo acerca de ti.

Tu Padre Celestial te ha conocido por mucho tiempo. Tú, como Su hijo o hija, fuiste escogido por Él para venir a la tierra en este tiempo preciso, para ser un líder en Su gran obra en la tierra. Fuiste escogido no por tus características corporales, sino por tus atributos espirituales, tales como valentía, coraje, integridad de corazón, sed de verdad, hambre de sabiduría y deseo de servir a los demás.

Algunos de estos atributos los desarrollaste en la vida premortal. Otros puedes desarrollarlos aquí en la tierra a medida que los busques persistentemente.

Un atributo espiritual fundamental es el del dominio propio: la fortaleza de anteponer la razón al apetito. El dominio propio edifica una conciencia fuerte. Y tu conciencia determina tus respuestas morales en situaciones difíciles, tentadoras y de prueba. El ayuno ayuda a tu espíritu a desarrollar dominio sobre tus apetitos físicos. El ayuno también aumenta tu acceso a la ayuda del cielo, al intensificar tus oraciones.

¿Por qué la necesidad de dominio propio? Dios implantó en nosotros fuertes apetitos de alimento y de amor, vitales para que la familia humana se perpetúe. Cuando dominamos nuestros apetitos dentro de los límites de las leyes de Dios, podemos disfrutar de una vida más larga, de mayor amor y de un gozo perfecto.

No es sorprendente, entonces, que la mayoría de las tentaciones para apartarnos del plan de felicidad de Dios provengan del mal uso de esos apetitos esenciales que Él nos dio. Controlar nuestros apetitos no siempre es fácil. Ninguno de nosotros los maneja

perfectamente. Ocurren errores. Se cometen faltas. Se cometen pecados. ¿Qué podemos hacer entonces? Podemos aprender de ellos. Y podemos arrepentirnos de verdad.

Podemos cambiar nuestra conducta. Nuestros mismos deseos pueden cambiar. ¿Cómo? Solo hay una manera. El verdadero cambio —el cambio permanente— solo puede venir mediante el poder sanador, limpiador y habilitador de la Expiación de Jesucristo. ¡Él te ama! Te permite acceder a Su poder cuando guardas Sus mandamientos con empeño, con sinceridad y con exactitud. Es así de simple y certero. ¡El evangelio de Jesucristo es un evangelio de cambio!

Un espíritu humano fuerte, con control sobre los apetitos de la carne, es señor de las emociones y pasiones y no esclavo de ellas. ¡Ese tipo de libertad es tan vital para el espíritu como el oxígeno lo es para el cuerpo! La libertad de la autoesclavitud es la verdadera liberación.

Somos “libres para escoger la libertad y la vida eterna . . . o para escoger la cautividad y la muerte.” Cuando escogemos el sendero más elevado hacia la libertad y la vida eterna, ese sendero incluye el matrimonio. Los Santos de los Últimos Días proclamamos que “el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios, y que la familia es central en el plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos.” También sabemos que “el género es una característica esencial de la identidad y propósito individuales en la vida preterrenal, terrenal y eterna.”

El matrimonio entre un hombre y una mujer es fundamental en la doctrina del Señor y crucial en el plan eterno de Dios. El matrimonio entre un hombre y una mujer es el modelo de Dios para una vida plena en la tierra y en el cielo. El modelo de matrimonio de Dios no puede ser abusado, malinterpretado ni tergiversado. No, si deseas el gozo verdadero. El modelo de matrimonio de Dios protege el poder

sagrado de la procreación y el gozo de la verdadera intimidad conyugal. Sabemos que Adán y Eva fueron casados por Dios antes de experimentar la alegría de unirse como marido y mujer.

En nuestros días, los gobiernos civiles tienen un interés en proteger el matrimonio porque las familias fuertes constituyen la mejor manera de proveer para la salud, educación, bienestar y prosperidad de las nuevas generaciones. Pero los gobiernos civiles están fuertemente influenciados por las tendencias sociales y las filosofías seculares al escribir, reescribir y aplicar leyes. Independientemente de la legislación civil que pueda promulgarse, la doctrina del Señor respecto al matrimonio y la moralidad no puede ser cambiada. Recuerda: el pecado, aunque sea legalizado por el hombre, ¡sigue siendo pecado a los ojos de Dios!

Aunque debemos emular la bondad y la compasión de nuestro Salvador, aunque debemos valorar los derechos y sentimientos de todos los hijos de Dios, no podemos cambiar Su doctrina. No nos corresponde cambiarla. Su doctrina nos corresponde estudiarla, comprenderla y sostenerla.

La forma de vida del Salvador es buena. Su camino incluye la castidad antes del matrimonio y la fidelidad total dentro del matrimonio. El camino del Señor es el único camino para que experimentemos una felicidad duradera. Su camino brinda consuelo continuo a nuestras almas y paz constante a nuestros hogares. Y lo mejor de todo, Su camino nos conduce de regreso a Él y a nuestro Padre Celestial, a la vida eterna y la exaltación. Esta es la esencia misma de la obra y la gloria de Dios.

Sí, cada día es un día de decisión, y nuestras decisiones determinan nuestro destino. Un día cada uno de nosotros se presentará ante el Señor en juicio. Cada uno tendrá una entrevista personal con Jesucristo. Daremos cuenta de las decisiones que tomamos respecto a nuestros cuerpos, nuestros atributos espirituales y de cómo

honramos el modelo de Dios para el matrimonio y la familia. Que podamos escoger sabiamente las decisiones de cada día para la eternidad.

Capítulo 8

Podemos actuar con fe

En un vuelo reciente, nuestro piloto anunció que encontraríamos turbulencia durante el descenso y que todos los pasajeros debían abrocharse bien los cinturones de seguridad. Y, en efecto, llegó la turbulencia. Fue realmente fuerte. Al otro lado del pasillo y unas cuantas filas detrás de mí, una mujer aterrada entró en pánico. Con cada caída espantosa y cada sacudida brusca, gritaba fuertemente. Su esposo trató de consolarla, pero sin éxito. Sus gritos histéricos persistieron hasta que pasamos por esa zona de turbulencia y llegamos a un aterrizaje seguro. Durante su período de ansiedad, sentí compasión por ella. Como la fe es el antídoto del temor, silenciosamente deseé haber podido fortalecer su fe.

Más tarde, cuando los pasajeros salían de la aeronave, el esposo de esta mujer me habló. Me dijo: “Lamento que mi esposa estuviera tan aterrada. La única manera en que pude consolarla fue diciéndole: ‘El élder Nelson está en este vuelo, así que no tienes de qué preocuparte.’”

No estoy seguro de que mi presencia en ese vuelo debiera haberle dado algún consuelo, pero diré que una de las realidades de la vida mortal es que nuestra fe será probada y desafiada. A veces esas pruebas vienen cuando enfrentamos lo que parecen ser encuentros de vida o muerte. Para esta mujer atemorizada, un avión sacudido violentamente presentó uno de esos momentos en que nos enfrentamos cara a cara con la fortaleza de nuestra fe.

Cuando hablamos de fe —la fe que puede mover montañas— no nos referimos a la fe en general, sino a la fe en el Señor Jesucristo. La fe

en el Señor Jesucristo puede fortalecerse a medida que aprendemos acerca de Él y vivimos nuestra religión. La doctrina de Jesucristo fue diseñada por el Señor para ayudarnos a aumentar nuestra fe. En el lenguaje actual, sin embargo, la palabra religión puede significar cosas diferentes para distintas personas.

La palabra religión significa literalmente “volver a ligar” o “atar de nuevo” a Dios. La pregunta que podríamos hacernos es: ¿estamos atados firmemente a Dios de modo que nuestra fe se manifieste, o en realidad estamos atados a otra cosa? Por ejemplo, he escuchado conversaciones los lunes por la mañana acerca de partidos deportivos profesionales que se llevaron a cabo el domingo anterior. De algunos de esos aficionados fervientes, me he preguntado si su “religión” los “ataría de nuevo” solamente a algún tipo de balón que rebota.

Cada uno de nosotros podría preguntarse: ¿dónde está mi fe? ¿Está en un equipo? ¿En una marca? ¿En una celebridad? Incluso los mejores equipos pueden fallar. Las celebridades pueden desvanecerse. Solo hay Uno en quien tu fe siempre está segura, y ese es el Señor Jesucristo. ¡Y necesitas dejar que tu fe se muestre!

Dios declaró en el primero de Sus Diez Mandamientos: “No tendrás dioses ajenos delante de mí.” También dijo: “Miradme en todo pensamiento; no dudéis, no temáis.”³ Sin embargo, muchas personas solo miran a su saldo bancario para hallar paz, o a otros seres humanos como modelos a seguir.

Los médicos, académicos y políticos son puestos a prueba de fe con frecuencia. En la búsqueda de sus objetivos, ¿se mostrará su religión o permanecerá oculta? ¿Están atados a Dios o al hombre?

Yo mismo tuve tal prueba hace décadas, cuando uno de mis colegas de la facultad de medicina me reprendió por no separar mi conocimiento profesional de mis convicciones religiosas. Me exigió

que no combinara ambas cosas. ¿Cómo podría evitar hacerlo? ¡La verdad es verdad! No es divisible; ninguna parte de ella puede dejarse de lado.

Ya sea que la verdad surja de un laboratorio científico o mediante revelación, toda verdad emana de Dios. Toda verdad forma parte del evangelio de Jesucristo. Y, sin embargo, se me pedía que ocultara mi fe. No cumplí con la petición de mi colega. ¡Dejé que mi fe se mostrara!

En todos los empeños profesionales se requieren rigurosas normas de precisión. Los eruditos aprecian su libertad de expresión. Pero no se puede experimentar la plena libertad si parte del conocimiento de uno es declarado “fuera de límites” por edictos de hombres.

La verdad espiritual no puede ser ignorada —especialmente los mandamientos divinos. Guardar los mandamientos divinos trae bendiciones, siempre. Quebrantar los mandamientos divinos trae pérdida de bendiciones, siempre.

Los problemas abundan en este mundo porque está poblado por personas imperfectas. Sus objetivos y deseos están fuertemente influenciados por su fe, o por la falta de ella. Muchos ponen otras prioridades por encima de Dios. Algunos cuestionan la relevancia de la religión en la vida moderna. Como en todas las épocas, también hoy hay quienes se burlan o critican el libre ejercicio de la religión. Algunos incluso culpan a la religión de muchos de los males del mundo. Ciertamente, ha habido épocas en que se cometieron atrocidades en nombre de la religión. Pero vivir la religión pura del Señor, lo cual significa esforzarse por llegar a ser un verdadero discípulo de Jesucristo, es una forma de vida y un compromiso diario que proporcionará guía divina. Cuando practicas tu religión, estás ejerciendo tu fe. Estás dejando que tu fe se muestre.

El Señor sabía que Sus hijos necesitarían aprender cómo hallarlo. Él dijo: “Angosta es la puerta, y estrecho el camino que conduce a la exaltación, y pocos son los que la hallan.”

Las Escrituras proporcionan una de las mejores maneras de encontrar nuestro rumbo y mantenernos en él. El conocimiento de las Escrituras también ofrece una protección preciosa. Por ejemplo, a lo largo de la historia, infecciones como la “fiebre puerperal” cobraron la vida de muchas madres y bebés inocentes. Sin embargo, ¡el Antiguo Testamento, escrito hace más de tres mil años, ya contenía los principios correctos para el manejo de pacientes infectados! Muchas personas perecieron porque la búsqueda del conocimiento por parte del hombre no prestó atención a la palabra del Señor.

¿Qué estamos perdiendo en nuestras vidas si estamos “siempre aprendiendo y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad”? Podemos obtener gran conocimiento de las Escrituras y recibir inspiración mediante oraciones de fe.

Hacerlo nos ayudará mientras tomamos decisiones diarias. Especialmente cuando se crean y aplican leyes de los hombres, las leyes de Dios deben ser siempre nuestro estándar. Al tratar asuntos controvertidos, debemos buscar primero la guía de Dios.

Debemos “aplicar todas las Escrituras a nosotros mismos, para nuestra utilidad y aprendizaje.” El peligro acecha cuando intentamos dividirnos con expresiones tales como “mi vida privada” o incluso “mi mejor comportamiento.” Si uno trata de segmentar su vida en compartimientos separados, nunca alcanzará la plena estatura de su integridad personal—nunca llegará a ser todo lo que su verdadero yo podría ser.

La tentación de ser popular puede dar prioridad a la opinión pública por encima de la palabra de Dios. Las campañas políticas y las

estrategias de mercadeo emplean ampliamente encuestas de opinión pública para moldear sus planes. Los resultados de esas encuestas son informativos, pero difícilmente podrían usarse como justificación para desobedecer los mandamientos de Dios. ¡Aunque “todos lo estén haciendo,” lo malo nunca será bueno! El mal, el error y la oscuridad nunca serán la verdad, aunque sean populares. Una advertencia escritural lo declara así: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz!”

Después de la Primera Guerra Mundial, una canción algo atrevida se volvió popular. Al promover la inmoralidad, afirmaba que cincuenta millones de personas no podían estar equivocadas. Pero en realidad, cincuenta millones de personas pueden estar equivocadas—totalmente equivocadas. La inmoralidad sigue siendo inmoralidad a los ojos de Dios, quien un día juzgará todas nuestras obras y deseos.

Contrasta el temor y la falta de fe tan prevalentes en el mundo actual con la fe y el valor de mi amada hija Emily, quien ahora vive al otro lado del velo. Mientras la vida mortal abandonaba su cuerpo consumido por el cáncer, apenas podía hablar. Pero con una sonrisa en el rostro, me dijo: “Papá, no te preocupes por mí. ¡Sé que estaré bien!” La fe de Emily se mostraba—brillando intensamente—en ese tierno momento, justamente cuando más la necesitábamos.

Esta hermosa joven madre de cinco hijos tenía plena fe en su Padre Celestial, en Su plan y en el bienestar eterno de su familia. Estaba firmemente ligada a Dios. Fue totalmente fiel a los convenios hechos con el Señor y con su esposo. Amaba a sus hijos, pero estaba en paz a pesar de la separación inminente de ellos. Tenía fe en su futuro, y en el de ellos también, porque tenía fe en nuestro Padre Celestial y en Su Hijo.

El presidente Thomas S. Monson dijo: “Por supuesto que enfrentaremos temores, experimentaremos burlas y encontraremos

oposición. Tengamos el valor de desafiar el consenso, el valor de defender los principios. El valor, no el compromiso, trae la sonrisa de la aprobación de Dios. . . . Recuerden que todos los hombres tienen sus temores, pero aquellos que enfrentan sus temores con [fe] también tienen valor.”

¡El consejo del presidente Monson es intemporal! Así que les ruego: día tras día, en su senda hacia su destino eterno, aumenten su fe. ¡Proclamen su fe! ¡Dejen que su fe se muestre!¹³

Ruego que estén firmemente ligados a Dios, que Sus verdades eternas queden grabadas en su corazón para siempre. Y ruego que, a lo largo de su vida, ¡dejen que su fe se muestre!

Capítulo 9

Podemos compartir el Evangelio

De vez en cuando necesitamos recordarnos que somos una Iglesia con un mandato misional. Esto se debe a un mandamiento del Señor, quien dijo: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

Este mandamiento es uno de muchos que se han renovado porque el evangelio de Jesucristo ha sido restaurado en su plenitud. Los misioneros sirven ahora tal como lo hacían en los tiempos del Nuevo Testamento. El libro de los Hechos describe las primeras labores misionales de los Apóstoles y de otros discípulos después del ministerio mortal del Señor. Allí leemos sobre la notable conversión y bautismo de Saulo de Tarso, quien anteriormente había estado “respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor” y persiguiendo a los miembros de la Iglesia naciente. Desde esos comienzos, Saulo llegó a ser el convertido Pablo, uno de los más grandes misioneros del Señor. Los últimos quince capítulos del libro de los Hechos relatan las labores misionales de Pablo y de sus compañeros.

En una carta a uno de sus compañeros de mayor confianza, Pablo escribió al joven Timoteo: “Ninguno tenga en poco tu juventud; sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, en conducta, en amor, en espíritu, en fe y en pureza.” Ese consejo es tan válido ahora como lo fue entonces. Se aplica a nuestros misioneros de tiempo completo; y se aplica igualmente a cada miembro de la Iglesia. Ya seamos

misioneros de tiempo completo o miembros, todos debemos ser buenos ejemplos de los creyentes en Jesucristo.

Los misioneros de tiempo completo son creyentes y siervos devotos del Señor. Su propósito es “invitar a las personas a venir a Cristo ayudándolas a recibir el evangelio restaurado mediante la fe en Jesucristo y Su Expiación, el arrepentimiento, el bautismo, la recepción del don del Espíritu Santo y el perseverar hasta el fin.”

Los misioneros sirven para mejorar la vida de los hijos de Dios. El Padre Celestial ama a cada uno de Sus hijos. Después de todo, Él es su Padre. Quiere bendecirlos con Su mayor don, el de la vida eterna. Los misioneros enseñan esto dondequiera que sirvan. Ayudan a las personas a desarrollar fe en el Señor, arrepentirse, bautizarse, recibir el Espíritu Santo, recibir las ordenanzas del templo y perseverar fielmente hasta el fin. La obra y la gloria de Dios —“llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”— es también la obra y la gloria sagrada de cada misionero.

Necesitamos más misioneros —más misioneros dignos. Durante Su ministerio terrenal, el Señor dijo a Sus discípulos: “A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a Su mies.”

Desde el histórico anuncio del presidente Thomas S. Monson que redujo la edad de elegibilidad para el servicio misional, una ola sin precedentes de entusiasmo por la obra misional ha barrido toda la tierra. Miles de élderes, hermanas y matrimonios han sido llamados, y muchos más se están preparando. Ahora nos hacen preguntas como: “¿Qué van a hacer con todos esos misioneros?” La respuesta es sencilla. ¡Harán lo que los misioneros siempre han hecho! ¡Predicarán el evangelio! ¡Bendecirán a los hijos del Dios Todopoderoso!

Más de ustedes, jóvenes, atraparán esta ola al esforzarse por ser dignos de recibir un llamamiento misional. Ustedes ven esto como una ola de verdad y rectitud. Ven su oportunidad de estar en la cresta de esa ola.

Ustedes, adolescentes, abracen su nuevo plan de estudios y enséñense unos a otros la doctrina de Jesucristo. Ahora es su tiempo de prepararse para enseñar a otros acerca de la bondad de Dios.

Ustedes, adultos, atrapen la ola con ayuda para la preparación espiritual, física y financiera de los futuros misioneros. Ahorrar centavo a centavo en alcancías pasa a ser parte de su práctica. Ustedes, matrimonios mayores, planifiquen el día en que podrán salir a una misión. Estaremos muy agradecidos por su servicio. Hasta entonces, tal vez puedan enviar sus dólares a las misiones contribuyendo al Fondo Misional General.

Nuestros amigos y vecinos que no son de nuestra fe también pueden atrapar la ola. Les animamos a conservar todo lo que es bueno y verdadero en sus vidas. Y los invitamos a recibir más, especialmente la gloriosa verdad de que, mediante el plan eterno de Dios, ¡las familias pueden estar juntas para siempre!

¡Esta ola de verdad y rectitud es maravillosa! ¡No es obra del hombre! Proviene del Señor, quien dijo: “Aceleraré Mi obra a su tiempo.” Esta ola está impulsada por un anuncio divino hecho hace casi doscientos años. Consistió en solo siete palabras: “Éste es mi Hijo Amado. ¡Escúchalo!” Pronunciado por el Dios Todopoderoso, ese anuncio presentó a un joven José Smith al Señor Jesucristo. Esas siete palabras dieron inicio a la Restauración de Su evangelio. ¿Por qué? ¡Porque nuestro Dios viviente es un Dios amoroso! ¡Él quiere que Sus hijos lo conozcan a Él y a Jesucristo, a quien ha enviado! Y quiere que Sus hijos obtengan la inmortalidad y la vida eterna.

Así como Él nos ama, es nuestra responsabilidad compartir ese amor con todos Sus hijos. Para ilustrar cómo nuestro Padre Celestial espera que nos amemos los unos a los otros, compartiré con ustedes una parábola que llamo “Un padre a la hora de acostar.”

Un padre cariñoso está sentado en casa una noche después de que su esposa y sus hijos se han ido a la cama. Siente un impulso —una impresión— de revisar a los niños. Se quita los zapatos y camina silenciosamente hasta la puerta de un dormitorio. A la tenue luz proveniente de una puerta entreabierta, ve dos cabecitas sobre las almohadas y mantas que cubren a esos niños acurrucados, profundamente dormidos.

Mientras escucha su tranquila respiración, su mente repasa escenas de más temprano en el día. Escucha sus risas al jugar juntos. Ve sus sonrisas mientras compartían un picnic, y sus risitas cuando fueron sorprendidos dando helado al perro. (La paciencia con los niños viene más fácilmente cuando están dormidos). Mientras duermen, reflexiona en lo que necesitan y cómo puede ayudarlos. Siente un torrente de amor y un fuerte deber de protegerlos.

Camina de puntillas hacia un segundo dormitorio, donde deberían estar dos hijos mayores. Ve dos camas, pero su corazón da un vuelco cuando descubre que una de ellas está vacía.

Gira y camina hacia el estudio, donde en ocasiones ha encontrado a esta hija ausente. Allí la encuentra sentada en una silla, leyendo tranquilamente un libro.

—“No podía dormir” —dice ella.

Él toma una silla y se sienta junto a ella. Hablan sobre su día, sus amigos, sus metas y sueños. Más tarde ella regresa a la cama, y el padre hace una última ronda antes de apagar las luces y retirarse a descansar.

Por la mañana, el padre ayuda a su querida esposa mientras ella prepara el desayuno. Él pone un lugar para cada uno de sus hijos, incluso para el más pequeño, a quien le gusta dormir un poco más. Los aromas que salen de la cocina despiertan a los niños y ellos entran corriendo, en un torbellino de movimiento y charla.

Pero una de las sillas está vacía. El padre les pide que esperen mientras él va a despertar al hijo que falta. Pronto, toda la familia está reunida disfrutando del desayuno.

¿Qué podemos aprender de esta sencilla parábola? El padre siguió su impulso de revisar a sus hijos. Evaluó su relación con ellos. Buscó a una hija que faltaba. Todas sus acciones estuvieron motivadas únicamente por amor. No hizo lo que hizo porque había leído un manual. Nadie le dio una lista de verificación. Siguió los sentimientos de su corazón.

Así sucede con la obra misional. Los misioneros más eficaces siempre actúan por amor. El amor es el lubricante y la vida de la buena obra misional.

El padre en la parábola amaba a cada hijo. Así también nosotros debemos actuar por amor para ayudar a todos, no solo a unos pocos favorecidos. Nuestro ejemplo debe brillar para que todos lo vean.

Cada uno de nosotros puede ser un ejemplo de los creyentes. Como seguidores de Jesucristo, podemos vivir de acuerdo con Sus enseñanzas. Podemos tener “la imagen de Dios grabada en [nuestro semblante].” Nuestras buenas obras serán evidentes para los demás. La luz del Señor puede brillar desde nuestros ojos. Con esa radiación, será mejor que nos preparemos para las preguntas. Así aconsejó el apóstol Pedro: “Estad siempre preparados para responder con mansedumbre y reverencia a todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.”

Que tu respuesta sea cálida y gozosa. Y que tu respuesta sea relevante para esa persona. Recuerda, él o ella también es un hijo de Dios, ese mismo Dios que desea intensamente que esa persona se prepare para la vida eterna y un día regrese a Él. Puede que seas tú quien abra la puerta a su salvación y a la comprensión de la doctrina de Cristo.

A medida que esa puerta comienza a abrirse, mantén presente el principio inmutable que está en la base de todo lo que hacemos en la obra misional: el Espíritu Santo es el verdadero maestro. La comunicación espiritual y la verdadera conversión se logran mediante el poder del Espíritu Santo.

Para que podamos enseñar cualquier cosa, debemos estar en sintonía con el Espíritu del Señor. Quizá pueda demostrar lo que quiero decir con “estar en sintonía” con una analogía de los diapasones. Si tengo dos diapasones afinados a la misma frecuencia, puedo hacer que ocurra algo interesante. Cuando golpeo el primer diapasón, afinado, digamos, en do central del piano, produce el sonido de do central.

Ahora bien, si sostengo el segundo diapasón cerca del primero y vuelvo a golpear el primero, ¡ambos diapasones producen el sonido de do central! Esto funciona porque están afinados a la misma frecuencia. Ya sea que el primer tono provenga de un diapasón u otra fuente, cualquiera de los dos responderá a un do central. Si yo tocara esa nota en el piano, ambos diapasones resonarían.

Imagina ahora un tercer diapasón, afinado apenas un semitono por debajo del do central. Puedo golpear el primer diapasón y sostenerlo cerca de este tercer diapasón, y no ocurrirá nada. El diapasón afinado en si no responderá porque está afinado a una frecuencia diferente.

Si el Espíritu del Señor se manifiesta en su propia frecuencia única, resonarás con Él si estás en sintonía. Pero si tu frecuencia es distinta, no responderás ni resonarás con ese mismo Espíritu.

Esta ley física se sugiere en la declaración del Señor: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.”

Ahora bien, los diapasones no pueden cambiar su frecuencia, pero las personas sí pueden. Ellas pueden llegar a estar en sintonía con el Espíritu. También podemos estar en sintonía con las personas cuando tratamos de enseñarles el evangelio. Podemos esforzarnos por encontrar un terreno común. Si podemos entender lo que hay en la mente de nuestro amigo, si podemos llegar a estar conectados espiritualmente, si podemos ser compasivos y comprensivos con las pruebas que enfrenta nuestro amigo, entonces estaremos en sintonía unos con otros.

Una vez que sientas esa resonancia funcionando, prepárate para dar el siguiente paso. Puedes invitar a tu amigo a asistir a la Iglesia contigo. Muchos de nuestros amigos no saben que son bienvenidos en nuestros edificios de la Iglesia. “Venid y ved” fue la invitación del Salvador a quienes deseaban aprender más de Él. Una invitación para asistir a una reunión dominical contigo, o para participar en una actividad social o de servicio de la Iglesia, ayudará a disipar mitos equivocados y hará que los visitantes se sientan más cómodos entre nosotros.

Como miembro de la Iglesia, acércate a aquellos que no conoces y salúdalos cordialmente. Cada domingo extiende una mano de compañerismo a por lo menos una persona que antes no conocías. Cada día de tu vida, procura ampliar tu propio círculo de amistad.

Puedes invitar a un amigo a leer el Libro de Mormón. Explícale que no es una novela ni un libro de historia. Es otro testamento de Jesucristo. Su propósito es “convencer al judío y al gentil de que

Jesús es el Cristo, el Dios Eterno, que se manifiesta a todas las naciones.” Hay un poder en este libro que puede tocar los corazones y elevar la vida de los buscadores sinceros de la verdad. Invita a tu amigo a leer el libro con oración.

El profeta José Smith dijo “que el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la piedra clave de nuestra religión, y que el hombre se acercaría más a Dios al seguir sus preceptos que al seguir los de cualquier otro libro.” El Libro de Mormón enseña acerca de la Expiación de Jesucristo y es el instrumento mediante el cual Dios cumplirá Su antigua promesa de reunir a Israel disperso en estos últimos días.

Hace muchos años, dos colegas míos —una enfermera y su esposo médico— me preguntaron por qué vivía como vivía. Respondí: “Porque sé que el Libro de Mormón es verdadero.” Les presté mi ejemplar del libro, invitándolos a leerlo. Una semana después me devolvieron el libro con un cortés “muchas gracias.”

Respondí: “¿Qué quieren decir con muchas gracias? Esa es una respuesta totalmente inapropiada para alguien que ha leído este libro. No lo leyeron, ¿verdad? Por favor, tómelo de nuevo y léanlo; entonces quiero que me devuelvan mi libro.”

Admitiendo que solo habían hojeado sus páginas, aceptaron mi invitación. Cuando regresaron dijeron con lágrimas: “Hemos leído el Libro de Mormón. ¡Sabemos que es verdadero! Queremos saber más.” Aprendieron más, y tuve el privilegio de bautizarlos a ambos.

Otra manera de compartir el evangelio es invitar a los amigos a reunirse con los misioneros de tiempo completo en tu hogar. Esos misioneros son llamados y preparados para enseñar el evangelio. Tus amigos, en la comodidad de tu hogar y con tu constante apoyo, pueden comenzar su trayecto hacia la salvación y la exaltación. El Señor dijo: “Sois llamados para llevar a cabo la congregación de mis

escogidos; porque mis escogidos oyen mi voz y no endurecen su corazón.”

Las Escrituras nos dicen que “hay muchos aún sobre la tierra . . . que están sólo impedidos de recibir la verdad porque no saben dónde hallarla.” ¿No es esa tu oportunidad? ¡Puedes convertirte en su propio discípulo de descubrimiento!

Ahora, en esta época del Internet, hay formas nuevas y emocionantes de hacer obra misional. Puedes invitar a amigos y vecinos a visitar el sitio mormon.org. Si tienes blogs o redes sociales, puedes enlazarlos a mormon.org. Y allí puedes crear tu propio perfil personal. Cada perfil incluye una declaración de creencias, una experiencia y un testimonio.

Estos perfiles pueden tener una profunda influencia para bien. Un ejemplo: un joven vio un anuncio de mormon.org en la televisión de su ciudad natal. Se conectó con el sitio web y se sintió intrigado por los perfiles de los miembros de la Iglesia. En nuestro sitio web encontró el enlace que le informaba dónde podía asistir a la Iglesia. El domingo siguiente, vestido con camisa blanca y corbata, asistió a la Iglesia, fue presentado a los miembros del barrio y disfrutó de las tres horas de reuniones. Fue invitado a cenar a la casa de un miembro, seguido de su primera lección misional. En menos de dos semanas, fue bautizado y confirmado miembro de la Iglesia.

Cada seguidor ejemplar de Jesucristo puede convertirse en un misionero eficaz como miembro. Miembros y misioneros de tiempo completo pueden caminar juntos, hombro con hombro, para llevar las bendiciones del evangelio a amigos y vecinos apreciados. Muchos de ellos son de Israel, que ahora está siendo congregado como se prometió. Todo esto es parte de la preparación para la Segunda Venida del Señor. Él quiere que cada uno de nosotros sea verdaderamente un ejemplo de los creyentes.

Capítulo 10

Podemos fortalecer a nuestras familias

En la Iglesia, recalcamos la importancia del matrimonio, los hijos y la familia porque conocemos la doctrina. Y sabemos que el adversario dirige ataques constantes a la familia. En los últimos cincuenta años, la tasa de natalidad ha disminuido en casi todas las naciones del mundo. Los matrimonios se están posponiendo hasta más tarde en la vida, y las familias se están haciendo más pequeñas, incluso dentro de la Iglesia.

Mientras la familia está bajo ataque en todo el mundo, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días proclama, promueve y protege la verdad de que la familia es central en el plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo” y nuestros vastos esfuerzos en la historia familiar son solo dos evidencias de cómo esta Iglesia brinda esperanza y ayuda a la institución sagrada de la familia.

Nuestra tarea de defender a la familia no es fácil. Las tendencias del mundo disminuyen la importancia de la familia. Tristemente, los poderes sagrados de la procreación son profanados por muchas personas. Y la naturaleza divinamente diseñada de la intimidad matrimonial es manchada por la plaga adictiva, perniciosa y venenosa de la pornografía.

En realidad, estamos criando a nuestros hijos en un territorio ocupado por el enemigo. Los hogares de nuestros miembros deben convertirse en los principales santuarios de nuestra fe, donde cada uno pueda estar a salvo de los pecados del mundo.

Nuestro Maestro depende de nosotros para vivir de acuerdo con Su verdad. El matrimonio es ordenado por Dios. Tiene base doctrinal y un significado eterno. El Señor ha enseñado:

“Pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios.

“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer,

“y los dos serán una sola carne.”

Tres veces en las Escrituras sagradas se hace la advertencia de que “toda la tierra sería enteramente asolada” en la venida del Señor si ciertas condiciones no se cumplieran. En cada caso, esa advertencia se relaciona con la condición de la familia humana sin las ordenanzas de sellamiento del templo. Sin estas ordenanzas de exaltación, la gloria de Dios no se realizaría.

Gracias a la Expiación, las bendiciones supremas asociadas con estas ordenanzas pueden recibirse por cada uno de los hijos de Dios que obedezca Sus leyes eternas. A lo largo de las edades, muchos de Sus hijos han tenido acceso a las bendiciones del evangelio, pero muchos más no. Antes de la fundación del mundo, nuestro Padre Celestial instituyó la ordenanza del bautismo por los muertos para aquellos que mueren sin un conocimiento del evangelio. Él ama a esos hijos también.

Él también proveyó una manera para que ellos fueran parte de una familia eterna. Todo ser humano que viene a esta tierra es el producto de generaciones de padres. Tenemos un anhelo natural de conectarnos con nuestros antepasados. Ese deseo habita en nuestros corazones, sin importar la edad.

Considera las conexiones espirituales que se forman cuando una joven ayuda a su abuela a ingresar información familiar en una computadora, o cuando un joven ve el nombre de su bisabuelo en un

registro censal. Cuando nuestros corazones se vuelven hacia nuestros antepasados, algo cambia dentro de nosotros. Nos sentimos parte de algo más grande que nosotros mismos. Nuestros anhelos innatos de conexión familiar se cumplen cuando somos vinculados a nuestros antepasados por medio de las ordenanzas sagradas del templo.

Si bien la obra del templo y de historia familiar tiene el poder de bendecir a los que están más allá del velo, tiene un poder igual para bendecir a los vivos. Tiene una influencia refinadora en quienes participan en ella. Literalmente están ayudando a exaltar a sus familias.

Somos exaltados cuando podemos morar juntos con nuestras familias extendidas en la presencia del Dios Todopoderoso. El profeta José Smith previó nuestro deber: “El gran día del Señor está cercano —dijo—. Hagamos, pues, como iglesia y como pueblo, y como Santos de los Últimos Días, una ofrenda al Señor en rectitud; y presentemos en su santo templo . . . un libro que contenga los registros de nuestros muertos, el cual será digno de toda acepción.”

La preparación de ese registro es nuestra responsabilidad individual y colectiva. Al trabajar juntos, podemos hacerlo digno de toda acepción para el Señor. Ese registro permite que las ordenanzas sean efectuadas en favor de nuestros antepasados fallecidos y que ellos puedan aceptarlas si lo desean. Esas ordenanzas pueden traer libertad a los cautivos al otro lado del velo.

Las relaciones familiares que se extienden por la eternidad comienzan con el amor de un esposo por su esposa y de una esposa por su esposo. El matrimonio une a dos personas muy diferentes e imperfectas. Los esposos y esposas afrontan mejor sus imperfecciones con paciencia y sentido del humor. Cada uno debe estar dispuesto a decir: “¡Lo siento! Por favor, perdóname.” Y cada uno debe ser un pacificador.

Cada imperfección personal es una oportunidad para cambiar—para arrepentirse. El arrepentimiento, a cualquier edad, proporciona el progreso necesario. Uno se arrepiente con un poderoso cambio de corazón, lo cual conduce al amor de Dios y del prójimo, especialmente de ese prójimo con quien uno está casado. El arrepentimiento incluye el perdón, y el perdón es un mandamiento. El Señor dijo: “Yo . . . perdonaré a quien yo quiera perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres.” Cuando el arrepentimiento es completo, incluso te perdonas a ti mismo.

Pueden surgir diferencias de opinión entre esposo y esposa. Pero el objetivo en el matrimonio nunca es ganar una discusión, sino edificar una relación eterna de amor.

El matrimonio se santifica mediante la oración familiar por la mañana y por la noche, y el estudio diario de las Escrituras. El matrimonio se estabiliza con una planificación financiera cuidadosa, evitando deudas y viviendo dentro de un presupuesto, con obediencia voluntaria a la ley del diezmo del Señor. El matrimonio se vigoriza dedicando tiempo de calidad juntos. El matrimonio se protege con un compromiso absoluto de hacerlo exitoso.

Cada poseedor del sacerdocio casado debe recordar que su deber más alto es cuidar de su esposa. Ella le capacita para calificar para sus mayores bendiciones. Y cuando los hijos dejen el nido, el esposo y su esposa se tendrán el uno al otro en lo que puede ser una maravillosa y emocionante etapa de vida en común.

La crianza de los hijos es una empresa conjunta. El padre ejerce su liderazgo con luz y amor, nunca en grado alguno de injusticia. La madre proporciona la intuición, la inspiración y el cuidado que de ella surgen de manera tan natural.

Juntos obedecen el mandamiento del Señor de enseñar el evangelio a sus hijos. Jesús desea que los niños vengan a Él, “porque de los

tales es el reino de los cielos.” Los padres son responsables de esa enseñanza, con la ayuda de la Iglesia. Todo lo que el futuro depara a cada sagrado hijo de Dios será moldeado por sus padres, su familia, sus amigos y sus maestros. Así, nuestra fe ahora pasa a formar parte de la fe de nuestra posteridad más adelante.

Cada individuo hará su camino en un mundo en constante cambio—un mundo de ideologías en competencia. Las fuerzas del mal siempre estarán en oposición a las fuerzas del bien. Satanás se esfuerza constantemente por influenciarnos a seguir sus caminos y hacernos miserables, así como él lo es. Y los riesgos normales de la vida, tales como enfermedades, lesiones y accidentes, siempre estarán presentes.

Vivimos en una época de agitación. Los terremotos y tsunamis causan devastación, los gobiernos colapsan, las tensiones económicas son severas, la familia está bajo ataque y las tasas de divorcio están aumentando. Tenemos motivos de gran preocupación. Pero no necesitamos permitir que nuestros temores desplacen nuestra fe. Podemos combatir esos temores fortaleciendo nuestra fe.

Empiecen con sus hijos. Ustedes, padres, tienen la responsabilidad principal de fortalecer su fe. Dejen que ellos sientan su fe, aun cuando caigan sobre ustedes duras pruebas. Que su fe se centre en nuestro amoroso Padre Celestial y en Su Hijo Amado, el Señor Jesucristo. Enseñen esa fe con profunda convicción. Enseñen a cada precioso niño y niña que es un hijo de Dios, creado a Su imagen, con un propósito y potencial sagrado. Cada uno nace con desafíos que superar y con una fe que desarrollar.

Enseñen acerca de la fe en el plan de salvación de Dios. Enseñen que nuestra estadía en la mortalidad es un período de probación, un tiempo de prueba y examen para ver si haremos todo lo que el Señor nos mande.

Enseñen acerca de la fe para guardar todos los mandamientos de Dios, sabiendo que ellos se dan para bendecir a Sus hijos y traerles gozo. Adviertan a sus hijos que encontrarán personas que eligen cuáles mandamientos obedecerán e ignoran otros que deciden quebrantar. Yo llamo a esto el enfoque de “cafetería” hacia la obediencia. Esta práctica de escoger y elegir no funcionará. Conducirá a la miseria. Para prepararse a encontrarse con Dios, uno guarda todos Sus mandamientos. Se requiere fe para obedecerlos, y al guardar Sus mandamientos esa fe se fortalece.

La obediencia permite que las bendiciones de Dios fluyan sin restricción. Él bendecirá a Sus hijos obedientes con libertad del cautiverio y de la miseria. Y los bendecirá con más luz. Por ejemplo, uno guarda la Palabra de Sabiduría sabiendo que la obediencia no solo traerá libertad de la adicción, sino que también añadirá bendiciones de sabiduría y tesoros de conocimiento.

Enseñen acerca de la fe para saber que la obediencia a los mandamientos de Dios proveerá protección física y espiritual. Y recuerden, los santos ángeles de Dios siempre están disponibles para ayudarnos. El Señor lo declaró así: “Iré delante de tu faz. Estaré a tu diestra y a tu siniestra, y mi Espíritu estará en tu corazón, y mis ángeles alrededor de ti, para sostenerte.” ¡Qué promesa! Cuando somos fieles, Él y Sus ángeles nos ayudarán.

La fe infalible se fortalece mediante la oración. Tus súplicas sinceras son importantes para Él. Piensa en las intensas y apasionadas oraciones del profeta José Smith durante sus terribles días de encarcelamiento en la cárcel de Liberty. El Señor respondió cambiando la perspectiva del Profeta. Le dijo: “Sabe, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien.”

Si oramos con una perspectiva eterna, no necesitamos preguntarnos si nuestras más llorosas y sentidas súplicas son escuchadas. Esta

promesa del Señor está registrada en la sección 98 de Doctrina y Convenios:

“Vuestras oraciones han llegado a los oídos del Señor . . . y están registradas con este sello y testimonio: el Señor ha jurado y decretado que serán concedidas.

“Por tanto, os da esta promesa, con un convenio inmutable de que se cumplirán; y todas las cosas con que habéis sido afligidos obrarán juntamente para vuestro bien y para la gloria de mi nombre, dice el Señor.”

¡El Señor escogió Sus palabras más fuertes para asegurarnos! ¡Sello! ¡Testimonio! ¡Juró! ¡Decretó! ¡Convenio inmutable! ¡Créele! Dios atenderá tus oraciones sinceras y sentidas, y tu fe será fortalecida.

Para desarrollar una fe perdurable, es esencial un compromiso duradero de ser un pagador íntegro de diezmos. Inicialmente se requiere fe para diezmar. Luego, el diezgador desarrolla más fe, hasta el punto en que el diezmo se convierte en un privilegiopreciado. El diezmo es una ley antigua de Dios. Él hizo una promesa a Sus hijos de que abriría “las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.” Y no solo eso, el diezmo mantendrá tu nombre inscrito entre el pueblo de Dios y te protegerá en “el día de la venganza y de la quema.”

¿Por qué necesitamos una fe tan resiliente? Porque se avecinan días difíciles. Rara vez en el futuro será fácil o popular ser un Santo de los Últimos Días fiel. Cada uno de nosotros será probado. El apóstol Pablo advirtió que en los últimos días, aquellos que sigan diligentemente al Señor “padecerán persecución.” Esa misma persecución puede aplastarte en una debilidad silenciosa o motivarte a ser más ejemplar y valiente en tu vida diaria.

La manera en que afrontes las pruebas de la vida forma parte del desarrollo de tu fe. La fortaleza viene cuando recuerdas que tienes

una naturaleza divina, una herencia de valor infinito. El Señor les ha recordado a ti, a tus hijos y a tus nietos que son herederos legítimos, que han sido reservados en el cielo para su tiempo y lugar específicos para nacer, crecer y convertirse en portadores de Su estandarte y pueblo del convenio. Al andar por la senda de rectitud del Señor, serás bendecido para continuar en Su bondad y ser una luz y un salvador para Su pueblo.

Disponibles tanto para los hermanos como para las hermanas están las bendiciones que se obtienen mediante el poder del santo sacerdocio de Melquisedec. Estas bendiciones pueden cambiar las circunstancias de tu vida en asuntos como la salud, la compañía del Espíritu Santo, las relaciones personales y las oportunidades para el futuro. El poder y la autoridad de este sacerdocio poseen “las llaves de todas las bendiciones espirituales de la Iglesia.” Y, lo más notable, el Señor ha declarado que Él sostendrá esas bendiciones, de acuerdo con Su voluntad.

La mayor de todas las bendiciones del sacerdocio se otorgan en los santos templos del Señor. La fidelidad a los convenios hechos allí calificará a ti y a tu familia para las bendiciones de la vida eterna.

Tus recompensas no solo llegarán en la vida venidera. Muchas bendiciones serán tuyas en esta vida, entre tus hijos y nietos. Si eres fiel, no tendrás que pelear las batallas de la vida solo. ¡Piensa en eso! El Señor declaró: “Yo contendereé con el que contienda contigo, y yo salvaré a tus hijos.” Más tarde vino esta promesa a Su pueblo fiel: “Yo, el Señor, pelearía sus batallas, y las batallas de sus hijos, y las batallas de los hijos de sus hijos, . . . hasta la tercera y la cuarta generación.”

Nuestro amado presidente Thomas S. Monson nos ha dado su testimonio profético. Él dijo: “Testifico que nuestras bendiciones prometidas son incommensurables. Aunque se reúnan las nubes de la tormenta, aunque caigan sobre nosotros las lluvias, nuestro

conocimiento del evangelio y nuestro amor por nuestro Padre Celestial y por nuestro Salvador nos consolarán y sostendrán, y traerán gozo a nuestro corazón al andar rectamente y guardar los mandamientos.”

El presidente Monson continuó: “Mis amados hermanos y hermanas, no temáis. Tened buen ánimo. El futuro es tan brillante como vuestra fe.”

El plan de felicidad de Dios es perfecto. Al enseñarlo en nuestras familias, bendecimos a todos con amor, esperanza, paz y gozo, aquí y en la eternidad.

Capítulo 11

Podemos tomar decisiones rectas

Como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, todos participamos de una herencia noble. Somos literalmente hijos e hijas de Dios, nacidos en este tiempo particular de la historia del mundo con un propósito sumamente sagrado. Aunque los valores morales y religiosos de la sociedad parecen debilitarse en todo el mundo, los miembros de esta Iglesia deben ser portadores del estandarte del Señor, faros de luz para atraer a otros hacia Él. Tu identidad y propósito son únicos.

¿Cuál es tu identidad? Eres un hijo del convenio. ¿Qué convenio? Aquel que Dios hizo con el padre Abraham, cuando se le prometió que “en tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.” También eres hijo del día prometido, este período de la historia del mundo cuando el evangelio será ampliamente proclamado en todo el planeta.

Cada uno de ustedes fue comisionado por su Padre Celestial para edificar el reino de Dios en la tierra en este preciso momento y para preparar a un pueblo para recibir al Salvador cuando Él gobierne y reine como el Mesías Milenario. Tu noble herencia, identidad, propósito y comisión divina te distinguen de todos los demás.

Pero ni tu herencia ni tus ordenaciones y comisiones premortales pueden salvarte o exaltarte. Eso lo lograrás mediante tus decisiones individuales y al escoger acceder al poder de la Expiación del Señor en tu vida. Tú sabes que “cada alma es libre de elegir su vida y lo que será.” Ese gran principio eterno del albedrío es vital para el plan de

nuestro Padre. Entonces, tú, que posees una herencia noble, ¿qué elegirás?

¿Elegirás aumentar tu aprendizaje?

La educación es tuya para obtenerla. Nadie más puede adquirirla por ti. Dondequiera que estés, desarrolla un profundo deseo de aprender. Para nosotros, como Santos de los Últimos Días, obtener una educación no es solo un privilegio, es una responsabilidad religiosa. “La gloria de Dios es la inteligencia.” En verdad, nuestra educación es para la eternidad.

“Cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección.

“Y si una persona adquiere más conocimiento e inteligencia en esta vida . . . tendrá tanta ventaja en el mundo venidero.”

Esa perspectiva a largo plazo te ayudará a tomar buenas decisiones respecto al aprendizaje. Recuerdo una conversación, hace muchos años, con un estudiante de secundaria muy brillante de dieciséis años. No estaba seguro de su compromiso religioso ni decidido sobre su carrera. Se preguntaba sobre la posibilidad de convertirse en médico. Me hizo una pregunta sencilla: “¿Cuántos años le tomó llegar a ser cirujano cardíaco?”

Rápidamente hice los cálculos: “¡Desde el momento en que me gradué de la secundaria hasta que recibí mi primer pago como cirujano pasaron catorce años!”

—“¡Guau!” —respondió—. “¡Eso es demasiado tiempo para mí!”

Entonces le pregunté: “¿Cuántos años tendrás dentro de catorce años si no llegas a ser cirujano cardíaco?”

“Los mismos” —contestó—, “los mismos.”

Yo tenía un interés especial en este joven. En ocasiones lo llevaba en mi auto en su ruta matutina para repartir periódicos. Con el paso de los años, su fe se fortaleció. Fue un misionero poderoso. Decidió perseguir su meta educativa. Primero, se casó con su novia. Luego, mientras estudiaba medicina y cirugía, se convirtieron en padres de cuatro hijos maravillosos. Ahora está completamente certificado como cirujano cardíaco, después de una intensa educación y capacitación durante un período de catorce años.

No tengas miedo de perseguir tus metas —¡incluso tus sueños! No hay atajos hacia la excelencia y la competencia. La educación es la diferencia entre desear poder ayudar a otras personas y realmente poder ayudarlas.

Cuando comenzaste en tu camino de aprendizaje, probablemente te acostumbraste a hacer tus tareas una por una. Te inscribiste para recibir instrucción; aprobaste tus exámenes; saltaste sobre grandes obstáculos de expectativas para ti, impuestas por otras personas. Pero eventualmente, tu esfuerzo por realizar tareas puede ser menos significativo que tu esfuerzo por llegar a ser quien puedes llegar a ser.

Tendrás metas que serán grandes, mayores y supremas. Las metas grandes las relaciono con logros temporales. Continuarás estableciendo grandes metas para ti mismo y lográndolas una por una.

Las metas mayores las relaciono con el desarrollo de atributos de carácter. Los atributos de carácter merecen nuestra atención mientras nos esforzamos por llegar a ser lo que debemos ser.

A la cabeza de la lista de las metas mayores estaría el atributo del amor, incluyendo sus cualidades relacionadas de bondad, compasión, cortesía, civilidad y misericordia. Fomentado primero en

la familia, el amor se centra en el hogar. La obra más importante que jamás realizarás será dentro de las paredes de tu propio hogar.

La gratitud es otra meta mayor. Tenemos mucho por lo cual deberíamos estar agradecidos. Al haber servido muchos años como cirujano cardíaco, desarrollé un profundo sentido de gratitud por mi corazón, y por el tuyo. Cada órgano del cuerpo es realmente extraordinario. Aunque nuestros cuerpos vienen en todas las formas y tamaños, nuestros huesos rotos pueden soldarse y volver a ser fuertes. Las laceraciones de la piel pueden sanar. Una fuga en la circulación puede sellarse por sí sola.

Con gratitud reconocemos que, como hijos de un amoroso Padre Celestial, nuestra herencia es sagrada y nuestro potencial es infinito. La gratitud por nuestras incontables bendiciones es una meta mayor.

La integridad es otra meta mayor. La integridad incluye la virtud, la limpieza y la honestidad. En nuestro mundo, hay tanta falsedad. Oímos de trampas en las aulas, trampas en los negocios, trampas en el matrimonio, y así sucesivamente. Aunque esos actos no sean descubiertos por otros, el alma del tramposo sufre. El respeto propio desaparece, la conciencia se deforma y el carácter se desmorona.

Si la educación es una meta grande, una meta mayor sería la sabiduría. Uno puede alcanzar educación sin conocimiento y conocimiento sin sabiduría. El Antiguo Testamento nos recuerda que “todos los reyes de la tierra procuraban ver a Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón.”⁶ Tal sabiduría viene a ti que conoces y aplicas los principios y la doctrina eterna de Jesucristo en tu vida diaria.

La sabiduría incluye prestar atención a las advertencias proféticas. Los profetas de hoy advierten que la pornografía, la infidelidad y la inmoralidad son herramientas del adversario. Te destruirán física y espiritualmente. El objetivo de Satanás es atraparte y hacerte

miserable, tal como él lo es. Evita estas trampas ahora y tu futuro será más brillante.

Otras metas mayores incluyen “fe, virtud, conocimiento, templanza, paciencia, bondad fraternal, piedad, caridad, humildad [y] diligencia,” todos atributos alcanzables, ejemplificados por el Señor.

Una meta, y solo una meta, debería convertirse en tu meta suprema. ¿Cuál es esa? Es la meta de la vida eterna. Esa meta es la meta de Dios. Esa meta es la gloria de Dios. El Señor ha decretado que “la vida eterna . . . es el mayor de todos los dones de Dios.” Este don es condicional. Uno debe calificar para él guardando los mandamientos de Dios y perseverando hasta el fin. Ese fin incluye las ordenanzas de investidura y de sellamiento del santo templo. Mediante las bendiciones, ordenanzas y convenios del templo, las familias pueden estar juntas para siempre.

Entonces, al perseguir tus metas grandes, mayores y supremas, ¿qué manera de vivir elegirás?

Como un Santo de la noble herencia, se espera que vivas de manera diferente a los demás. Tú sabes lo que Pablo dijo al joven Timoteo: “Sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza.” Elige pensar y actuar de manera diferente a la del mundo. Elige lucir diferente y verás qué influencia para bien llegarás a ser. Como dijo la hermana Ardeth G. Kapp: “No puedes ser un salvavidas si luces como todos los demás bañistas en la playa.”

El plan de Dios permite que el adversario te tienta para que tú, ahora en este mundo mortal, puedas ejercer tu albedrío para elegir el bien sobre el mal, elegir arrepentirte y elegir venir a Jesucristo y seguir Su ejemplo. ¡Qué enorme responsabilidad y qué enorme confianza!

Tu libertad de elegir está claramente explicada en el Libro de Mormón: “Los hombres son libres según la carne; . . . son libres para escoger la libertad y la vida eterna, . . . o para escoger la cautividad y

la muerte, de acuerdo con la cautividad y el poder del diablo; porque él procura que todos los hombres sean miserables como él.” ¿Qué elegirás?

Otro versículo revela que “la iniquidad nunca fue felicidad.” ¡Muchos han intentado desafiar esa verdad, y han fracasado cada vez!

Tu libertad de actuar por ti mismo es tan central para tu progreso y felicidad eternos que el adversario realiza esfuerzos extraordinarios para socavarla. Satanás en verdad es un incorregible insomne. Lo más probable es que ¡ya lo hayas experimentado!

Aquí hay otra pregunta: ¿Establecerás prioridades que te ayuden a tomar tus decisiones en la vida?

Tus decisiones no serán siempre entre el bien y el mal. Muchas serán entre dos opciones buenas. No todas las verdades tienen el mismo valor. Por lo tanto, necesitarás establecer prioridades. En tu búsqueda de conocimiento, ten en cuenta que la verdad más importante que puedes aprender proviene del Señor. En Su oración intercesora a Su Padre, el mismo Salvador lo confirmó. Dijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.” Por encima de todo lo demás que busques aprender, procura conocer a Dios, tu Padre Celestial, y a Su Hijo, Jesucristo. Llega a conocerlos y amarlos como yo lo hago.

Otra escritura prioritaria me ha ayudado a lo largo de mi vida. Es: “Buscad primeramente edificar el reino de Dios, y establecer su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Más que cualquier otra cosa en este mundo, quieres tomar decisiones que te conduzcan al destino supremo y glorioso de la vida eterna. Ese es el mayor objetivo de Dios para ti.

Otra pregunta: ¿Con quién elegirás asociarte?

A lo largo de tu viaje por la vida, llegarás a conocer a personas que no creen en Dios. Muchos de ellos aún no han hallado la verdad divina y no saben dónde buscarla. Tú podrías ser de ayuda para ellos. Pero al relacionarte con no creyentes, sé consciente de que algunos tal vez no tengan tu mejor interés en mente. Tan pronto como lo disciernas, huye de ellos rápida y permanentemente.

Lamentablemente, encontrarás personas cuya búsqueda desesperada de algo que les parezca felicidad los lleva por las resbaladizas pendientes del pecado. ¡Cuídate de ese resbaladizo descenso! Cualquier placer en el pecado es solo pasajero, y sus recuerdos persistentes están manchados por la culpa roedora y aplastante. La distorsión pecaminosa del abrazo divinamente diseñado para unir al esposo y a la esposa no es más que una burda falsificación. Cada experiencia ilícita carece de profundo significado y de dulces recuerdos.

Siguiente pregunta: ¿Elegirás la libertad o la esclavitud?

Las fuerzas impías están por todas partes. Literalmente estás viviendo en un “territorio ocupado por el enemigo.” Una plaga de pornografía venenosa abunda. Atrapa a todos los que ceden a su insidioso dominio.

Esto fue previsto por el Señor, quien dijo: “Y ahora bien, os muestro un misterio, una cosa que se mantiene en las cámaras secretas para traer, con el tiempo, vuestra destrucción, y no lo sabíais.”²³ Añadió una segunda advertencia: “Y además, os digo que el enemigo en las cámaras secretas procura vuestras vidas.”

¡Considera cuántas personas, en cuántas cámaras secretas, están buscando destruir tu vida y tu felicidad en este mismo momento! Les ruego a ustedes, preciosos hermanos y hermanas, que eviten la pornografía absolutamente. Es tan destructiva como la lepra, tan adictiva como la metanfetamina y tan corrosiva como la lejía.

La tentación carnal no es nueva. El apóstol Pedro advirtió de esta misma trampa cuando escribió: “Atraen con concupiscencias de la carne . . . a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error;

“Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.”

Eviten esa esclavitud, mis amados amigos. Si actualmente están viendo pornografía, ¡deténganse! ¡Ahora! Busquen ayuda con su obispo. Nadie es lo suficientemente astuto para burlar al adversario por sí mismo una vez que ha sido envenenado por la pornografía.

Otra realidad es que viven en un tiempo en que el desempleo es alto y los mercados financieros en todo el mundo están inestables. Una vez más, la solución mundana es buscar alternativas al plan de Dios. Pero sabemos que los matrimonios y las familias fuertes en realidad ayudan a que la economía prospere. Y no estamos solos en esos sentimientos.

El Dr. Patrick F. Fagan escribió: “El bloque de construcción indispensable del cual dependen las fortunas de la economía es el hogar de padres casados —especialmente la familia numerosa que adora semanalmente. Cada matrimonio crea un nuevo hogar, una unidad económica independiente que genera ingresos, gasta, ahorra e invierte.”

El Dr. Fagan agregó que “la madre casada en casa ejerce un impacto mucho más profundo en la economía que el padre casado en el lugar de trabajo.

“... Mientras el esposo contribuye a la economía presente, la madre contribuye tanto a la economía presente como a la futura.”

El informe del Dr. Fagan confirma conceptos expresados años atrás por la Primera Presidencia y los Doce Apóstoles en “La Familia: Una Proclamación para el Mundo.” Mientras la familia esté bajo ataque en todo el mundo, las verdades de la proclamación de la familia los fortalecerán.

Ahora, una pregunta que ruego consideren cada día: ¿Cómo se prepararán para su entrevista personal con el Salvador?

No son perfectos. Ninguno de nosotros lo es. Por lo tanto, ustedes, junto con el resto de nosotros, están muy agradecidos por la Expiación del Salvador, que proporciona el perdón completo cuando uno se arrepiente de verdad. También saben que su estadía aquí en la mortalidad es relativamente breve. (Mientras más envejece uno, más evidente se hace este hecho). Con el tiempo, cada uno de nosotros un día se graduará de esta frágil existencia y pasará al mundo venidero.

El día del juicio nos espera a cada uno. No sé si esa puerta celestial es de perlas o no, pero sí sé, al igual que todos los estudiantes del Libro de Mormón, que el “guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí no emplea ningún servidor; . . . porque su nombre es el Señor Dios.” Sí, cada uno de nosotros tendrá una entrevista personal con Jesucristo.

Cada día en la tierra les da tiempo y oportunidad de prepararse para esa entrevista. Sepan esto: mientras elijan vivir del lado del Señor, nunca estarán solos. Dios les ha dado acceso a Su ayuda mientras recorren el peligroso sendero de la mortalidad. Al derramar su corazón a Él en oración diaria, de manera diligente y ferviente, Él enviará a Sus ángeles para ayudarles. Les ha dado el Espíritu Santo para estar a su lado mientras vivan dignamente. Les ha dado las Escrituras para que puedan deleitarse plenamente en las palabras de Jesucristo. Les ha dado palabras de profetas vivientes para escuchar.

Les ha dado la oportunidad de recibir una bendición patriarcal. Esa bendición les proporcionará conocimiento acerca de su conexión con Abraham, Isaac, Jacob y el convenio hecho con ellos para su posteridad. Su bendición patriarcal también proporciona entendimiento acerca de su potencial en la vida aquí y en la venidera. Cada uno de estos y otros auxilios divinos les ayudarán a elegir bien, para que puedan esperar con gozo ese encuentro cara a cara con su Salvador.

Mi última pregunta: ¿En quién pondrán su confianza?

Ustedes saben que Dios es su Padre. Él los ama. Él quiere que sean felices. Pongan su confianza en Él. Mantengan su enfoque en Su santo templo. Sean dignos de recibir sus ordenanzas de investidura y sellamiento. Permanezcan fieles a esos convenios y regresen con frecuencia al templo. Recuerden, su meta más elevada es obtener la mayor de todas las bendiciones de Dios: la vida eterna. Las ordenanzas del templo son esenciales para esa bendición.

Les invito a estudiar con oración la declaración escritural de su identidad, propósito y bendición, tal como está registrada en la sección 86 de Doctrina y Convenios. ¡Se trata de ustedes!

“Así dice el Señor a vosotros, en quienes el sacerdocio ha continuado por medio del linaje de vuestros padres:

“Porque sois herederos legítimos, conforme a la carne, y habéis sido reservados del mundo con Cristo en Dios;

“Por tanto, vuestra vida y el sacerdocio han permanecido, y deben permanecer por medio de vosotros y de vuestro linaje hasta la restauración de todas las cosas dichas por boca de todos los santos profetas desde el principio del mundo.

“Por tanto, benditos sois si permanecéis en mi bondad, una luz a los gentiles, y mediante este sacerdocio, un salvador para mi pueblo Israel.”

Sí, ustedes son verdaderamente de la noble herencia, creados a la imagen de Dios. Son Sus herederos legítimos, aquí para ser probados y examinados. Pueden elegir ser una luz para el mundo, ayudar a salvar a los hijos de Dios, tener gozo y, en última instancia, obtener la bendición de la vida eterna.

Capítulo 12

Podemos hacer del día de reposo un deleite

Me intrigan las palabras de Isaías, quien llamó al día de reposo “un deleite.” Sin embargo, me pregunto: ¿es realmente el día de reposo un deleite para ti y para mí?

Encontré por primera vez deleite en el día de reposo hace muchos años cuando, siendo un cirujano ocupado, comprendí que el día de reposo se convertía en un día de sanación personal. Al final de cada semana, mis manos estaban adoloridas de tanto frotarlas repetidamente con agua, jabón y un cepillo de cerdas. También necesitaba un respiro de la carga de una profesión tan exigente. El domingo brindaba el tan necesario alivio.

¿Qué quiso decir el Salvador cuando dijo que “el día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo”? Creo que Él quería que entendiéramos que el día de reposo fue Su regalo para nosotros, otorgándonos un verdadero descanso de los rigores de la vida diaria y una oportunidad de renovación espiritual y física. Dios nos dio este día especial, no para el entretenimiento ni el trabajo cotidiano, sino para descansar del deber, con alivio físico y espiritual.

En hebreo, la palabra *Sabbath* significa “descanso.” El propósito del día de reposo se remonta a la Creación del mundo, cuando después de seis días de labor el Señor descansó de la obra de la creación. Cuando más tarde reveló los Diez Mandamientos a Moisés, Dios mandó que “te acuerdes del día de reposo para santificarlo.” Posteriormente, el día de reposo se observó como recordatorio de la

liberación de Israel de su esclavitud en Egipto. Quizá lo más importante, el día de reposo fue dado como un convenio perpetuo, un recordatorio constante de que el Señor puede santificar a Su pueblo.

Además, ahora participamos de la Santa Cena en el día de reposo en recuerdo de la Expiación de Jesucristo. Una vez más, renovamos el convenio de que estamos dispuestos a tomar sobre nosotros Su santo nombre.

El Salvador se identificó a Sí mismo como el Señor del día de reposo. ¡Es Su día! Repetidamente, Él nos ha pedido que guardemos el día de reposo o que santifiquemos el día de reposo. Estamos bajo convenio de hacerlo.

¿Cómo santificamos el día de reposo? En mis años mucho más jóvenes, estudié el trabajo de otros que habían compilado listas de cosas que hacer y cosas que no hacer en el día de reposo. No fue sino hasta después que aprendí en las Escrituras que mi conducta y mi actitud en el día de reposo constituían una señal entre mi Padre Celestial y yo. Con esa comprensión, ya no necesitaba listas de cosas permitidas y prohibidas. Cuando tenía que decidir si una actividad era apropiada para el día de reposo, simplemente me preguntaba: “¿Qué señal quiero darle a Dios?” Esa pregunta hizo que mis decisiones respecto al día de reposo fueran totalmente claras.

Aunque la doctrina referente al día de reposo tiene un origen antiguo, ha sido renovada en estos últimos días como parte de un nuevo convenio con una promesa. Escucha el poder de este decreto divino:

“Para que más plenamente te conserves sin mancha del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo;

“Porque en verdad este es un día que se te ha señalado para descansar de tus labores y rendir tus devociones al Altísimo. . . .

“Y en este día . . . sea preparado tu alimento con un corazón sincero, para que tu ayuno sea perfecto, . . . para que tu gozo sea completo. . .

“Y en la medida en que hagáis estas cosas con acción de gracias, con corazones y semblantes alegres, . . . la plenitud de la tierra será vuestra.”

¡Imagina el alcance de esa declaración! La plenitud de la tierra está prometida a quienes guardan el día de reposo santo.¹⁴ No es de extrañar que Isaías llamara al día de reposo “un deleite.”

¿Cómo puedes asegurarte de que tu comportamiento en el día de reposo conduzca al gozo y al regocijo? Además de asistir a la iglesia, participar de la Santa Cena y ser diligente en tu llamamiento específico para servir, ¿qué otras actividades podrían ayudarte a hacer del día de reposo un deleite para ti? ¿Qué señal darás al Señor para mostrarle tu amor por Él?

El día de reposo brinda una maravillosa oportunidad para fortalecer los lazos familiares. Después de todo, Dios quiere que cada uno de nosotros, como Sus hijos, regrese a Él como santos investidos, sellados en el templo como familias, unidos a nuestros antepasados y a nuestra posteridad.¹⁵

Los padres cuentan con recursos maravillosos para ayudarles a hacer que el tiempo en familia sea más significativo, en el día de reposo y en otros días también. Tienen LDS.org, Mormon.org, los videos bíblicos, el Canal Mormón, la Biblioteca Multimedia, *The Friend*, *The New Era*, *The Ensign*, *La Liahona* y mucho más—muchísimo más. Estos recursos son de gran ayuda para los padres en el cumplimiento de su deber sagrado de enseñar a sus hijos. ¡Ninguna otra labor trasciende la de una crianza justa e intencional!

A medida que enseñes el evangelio, aprenderás más. Esta es la manera del Señor de ayudarte a comprender Su evangelio. Él dijo:

“Os doy el mandamiento de que os enseñéis unos a otros la doctrina del reino.

“Enseñad diligentemente . . . , para que seáis instruidos más perfectamente . . . en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios.”

Ese estudio del evangelio hace que el día de reposo sea un deleite. Esta promesa es válida sin importar el tamaño, la composición o la ubicación de la familia.

Además del tiempo en familia, puedes experimentar verdadero deleite en el día de reposo a través de la obra de historia familiar. Buscar y encontrar a los miembros de la familia que te precedieron en la tierra—aquellos que no tuvieron la oportunidad de aceptar el evangelio aquí—puede traer inmenso gozo.

Lo he visto de primera mano. Hace varios años, mi querida esposa Wendy decidió aprender a hacer investigación de historia familiar. Al principio su progreso fue lento, pero poco a poco aprendió lo sencillo que es realizar esta obra sagrada. Y nunca la había visto tan feliz. Tú también puedes hacerlo sin necesidad de viajar a otros países ni siquiera a un centro de historia familiar. Desde tu hogar, con la ayuda de una computadora o un dispositivo móvil, puedes identificar almas que anhelan sus ordenanzas. ¡Haz del día de reposo un deleite al encontrar a tus antepasados y liberarlos de la prisión espiritual!

Haz del día de reposo un deleite al prestar servicio a los demás, especialmente a quienes no se sienten bien o a los que están solos o necesitados. Levantar sus ánimos levantará también los tuyos.

Cuando Isaías describió el día de reposo como “un deleite,” también nos enseñó cómo hacerlo deleitoso. Él dijo:

“Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, . . . y lo honrases, no andando en tus

propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, “entonces te deleitarás en Jehová.”

No seguir tus “propios deleites” en el día de reposo requiere dominio propio. Puede que tengas que negarte algo que te gustaría. Si eliges deleitarte en el Señor, no te permitirás tratarlo como cualquier otro día. Las actividades rutinarias y recreativas pueden hacerse en otro momento.

Piensa en esto: al pagar el diezmo, devolvemos una décima parte de nuestro aumento al Señor. Al guardar el día de reposo santo, reservamos un día de cada siete para Él. Así que es nuestro privilegio consagrar tanto dinero como tiempo a Aquel que nos presta la vida cada día.

Sabemos que, dondequiera que vivamos, debemos ser ejemplos de los creyentes entre nuestras familias, vecinos y amigos. Los verdaderos creyentes guardan el día de reposo santo.

La fe en Dios engendra amor por el día de reposo; la fe en el día de reposo engendra amor por Dios. Un día de reposo sagrado es verdaderamente un deleite.

Conclusión

El mundo necesita nuestra contribución

Me encantan las palabras poéticas y el mensaje de un himno favorito:

¡He aquí! un ejército real,
con estandarte, espada y escudo,
marcha adelante a conquistar
en el gran campo de batalla de la vida.
Sus filas están llenas de soldados,
unidos, valientes y fuertes,
que siguen a su Comandante
y cantan su alegre canción:
¡Victoria, victoria,
por medio de Aquel que nos redimió!
¡Victoria, victoria,
por Jesucristo, nuestro Señor!

Sí, el Señor es nuestro Comandante; nosotros somos Sus soldados en una guerra poderosa. El conflicto en el que estamos comprometidos es entre las fuerzas de Dios y las fuerzas del adversario. Este conflicto comenzó antes de que se creara el mundo. Comenzó con la guerra en los cielos. Del lado de Dios estaba Jesucristo, preordenado para ser el Salvador del mundo.

Este conflicto continúa aquí en la tierra. Nosotros, como siervos del Señor, somos defensores del gozo. Sabemos que “los hombres existen para que tengan gozo”. En contraste, el camino del

adversario siempre conduce a la miseria, la desesperación y la destrucción.

Así, fuerzas opuestas compiten por nuestra lealtad: lo correcto contra lo incorrecto, el bien contra el mal. Estas fuerzas son, en realidad, sistemas religiosos de creencias en conflicto. Son fuerzas teístas (piadosas) y fuerzas ateas (impías o satánicas). Estas fueron citadas por el élder Clayton Christensen en un editorial que pedía equilibrio teísta en la Corte Suprema de los Estados Unidos. Me gustaría extender sus puntos de vista y aplicarlos a los desafíos que enfrentamos tan a menudo.

Las fuerzas teístas, sean islámicas, judías, católicas, protestantes o mormonas, enseñan que existe un bien y un mal absolutos. Las fuerzas teístas sostienen una ética que reverencia los juicios justos de un Dios amoroso y obedecen las leyes civiles y divinas de manera voluntaria. La mentalidad teísta inculca una conciencia de hacer lo correcto y obedecer leyes que de otro modo serían imposibles de hacer cumplir.

Con tal compromiso, obedeces una luz roja de tráfico, incluso si no hay otro vehículo a la vista. Como persona temerosa de Dios, sabes que, aunque la policía no te sorprendiera si robaras, asesinaras o cometieras adulterio, esos actos son incorrectos, y Dios en última instancia te hará responsable. Sabes, al igual que tus antepasados sabían, que las consecuencias de no seguir las reglas no solo son temporales, sino también eternas. Estas fuerzas teístas formaron parte de la configuración de América. Del Libro de Mormón hemos aprendido que esta es “una tierra de promisión, . . . escogida sobre todas las demás tierras, la cual el Señor Dios había preservado para un pueblo justo”.

Ciertamente, hay personas en América que no son religiosas y que también obedecen leyes imposibles de hacer cumplir. ¿Por qué? Porque viven en una cultura teísta. Aunque puedan intentar inventar

algún tipo de felicidad para sí mismos fuera de Dios y sin reconocerlo como la fuente suprema del verdadero gozo, todavía extraen poder del teísmo de sus antepasados. Su cultura es buena porque las fuerzas teístas les han otorgado una rica herencia de rectitud. Desafortunadamente, una buena cultura por sí sola no es lo suficientemente fuerte como para hacer que esa cultura perdure perpetuamente. Se necesita fuerza adicional que provenga del poder de la convicción teísta.

Por esta razón, una política de separar completamente la Iglesia y el Estado podría volverse totalmente contraproducente. El efecto de borrar una cultura teísta permitiría que las fuerzas ateas prosperaran sin oposición en la plaza pública. Si eso ocurriera, el concepto teísta y noble de “libertad de religión” podría ser torcido y transformado en una atea “libertad de la religión”. Una política tan desequilibrada podría barrer con las fuerzas teístas que han sido responsables del éxito de nuestra sociedad y dejar el campo completamente abierto a la ideología atea, al secularismo y a enormes pérdidas para cada uno de nosotros.

Este escenario fue previsto por nuestro Maestro, quien enseñó que tales personas “no buscan al Señor para establecer su justicia, sino que cada cual anda en su propio camino, según la imagen de su dios, cuya imagen es semejanza del mundo”.

Sin un reconocimiento de Dios y de la ley de Dios en la vida de una persona, los placeres momentáneos estarán continuamente contaminados por un remordimiento persistente. Los placeres momentáneos se volverían vacíos, ya que cada experiencia cruda estaría despojada de profundo significado y dulce recuerdo. El trabajo diario se convertiría en una ardua rutina, las bellezas de la naturaleza resultarían aburridas y los niños serían considerados molestias que hay que soportar. Sin los cimientos morales de Dios, el

comportamiento político se vería inclinado hacia una conveniencia a corto plazo, tambaleándose nerviosamente de crisis en crisis.

Uno de los combates de la sociedad actual es sobre la misma definición de matrimonio. En acalorado debate está la cuestión de si dos personas del mismo género pueden casarse. Pero esa pregunta es solo la punta del iceberg. Debajo de esa punta está el asunto de mayor peso: el libre ejercicio de la religión. La contienda arde sobre dos cuestiones principales:

- ¿Puede el matrimonio sobrevivir como fundamento de nuestra herencia cultural?
- ¿Puede preservarse nuestra preciosa libertad de religión?

Lo que está en juego es nuestra capacidad de transmitir a la siguiente generación la cultura vital e inseparable del matrimonio y del libre ejercicio de la religión. El matrimonio teísta de un hombre y una mujer permite la más sagrada de todas las relaciones humanas—la procreación de hijos—a través del sagrado abrazo conyugal, posibilitado por el diseño divino de Dios Todopoderoso.

Los contrafactos ateos fueron previstos en nuestros días por el apóstol Pablo, escrito en una epístola a Timoteo. Es una advertencia para todos nosotros:

“En los postreros días vendrán tiempos peligrosos.

Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.”

La descripción profética de Pablo de nuestros días fue seguida por su receta de protección. Esta fue su conclusión tranquilizadora: “Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.”

Al aferrarte a la barra de hierro del evangelio, obtendrás la fortaleza necesaria para cumplir tu destino divino. Sé fuerte, valiente y firme como soldado en el ejército de Dios, protegido por Su armadura doctrinal, el yelmo de la salvación y el escudo de la fe.

Tus desafíos en la vida se entienden mejor a la luz de una perspectiva divina. Las pruebas y los desafíos son necesarios para tu educación y refinamiento. Esta doctrina se declara en la sección 101 de Doctrina y Convenios. Al hablar de aquellos que serán reunidos en el redil de Cristo, Jesús dijo:

“Mas poseeré a los míos, y serán míos en aquel día en que yo venga para hacer mis joyas.

Por tanto, es necesario que sean castigados y probados, como lo fue Abraham, que recibió el mandamiento de ofrecer a su hijo unigénito. Porque todos los que no quieran soportar la disciplina, sino que me nieguen, no pueden ser santificados.”

Cada líder de la Iglesia al que sostienes como profeta, vidente y revelador ha soportado o soportará una prueba de tipo abrahámico. En algún momento tú también serás probado y examinado, aún más de lo que ya lo has sido. Desarrolla ahora la fe suficiente para sostenerte en ese tiempo difícil.

Al banqueteares con las palabras de Jesucristo, comprenderás Su doctrina y podrás aplicar Sus enseñanzas en tu vida. Si vives como Él quiere que vivas, por tu ejemplo de rectitud llegarás a ser digno de emulación como miembro de la Iglesia que lleva Su santo nombre.

Por eso te digo: fomenta tu fe. Fija tu mirada con un ojo sencillo a la gloria de Dios. “Esfuézate y sé valiente” y recibirás poder y protección de lo alto. El Señor ha declarado Su ayuda constante:

“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

¡El Señor tiene en mente mucho más para ti de lo que tú mismo tienes en mente! Has sido reservado y preservado para este tiempo y lugar. Puedes hacer cosas difíciles. Al mismo tiempo, si lo amas y guardas Sus mandamientos, grandes recompensas—aun logros inimaginables—pueden ser tuyos. En verdad:

“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.”

¡El Señor te necesita para cambiar el mundo! Al aceptar y seguir Su voluntad para ti, descubrirás que logras lo imposible.

